

NIÑOS DE LA BIBLIA.



ESAU Y JACOB.

V.

ESAU Y JACOB.

Esau y Jacob eran los dos hijos de Isaac y de Rebeca, y aunque hermanos gemelos, ambos de muy distinta índole é inclinaciones. Hasta su aspecto presentaba el mas notable contraste, pues mientras Jacob era blanco y agraciado,

Agosto de 1847.

Esau era moreno y velloso y revelaba en toda su presencia una fuerza muscular y varonil. Desde sus primeros años el espíritu del Señor se habia manifestado en las acciones del virtuoso Jacob. Amante de la tranquilidad, aunque no por esto enemigo del trabajo, siempre estaba al lado de sus padres, ayudándolos en sus fatigas, distrayéndolos en sus ocupaciones, y dando continuas pruebas de su amor filial. No es de es-

9

trañar por esto que Rebeca tuviese todo su maternal cariño puesto en Jacob y que este hubiese sido siempre el favorito de la buena madre. Esaú por el contrario, gustaba de la soledad y de la independencia: amante de la caza con pasión, abandonaba desde bien temprano la casa paterna, y todo su placer consistía en correr por los campos, persiguiendo á los animales silvestres que con mucha frecuencia eran el blanco de sus certeras flechas.

Dos hermanos de tan diversas inclinaciones no podían vivir en la mayor armonía; pero la fraternal concordia que entre ellos debía existir, no se alteró, hasta que un suceso imprevisto contribuyó á interrumpirla. Volvía una tarde Esaú del campo, cubierto de sudor y de polvo, estenuado por el hambre y la fatiga durante una infructuosa correría, cuando se encontró con su hermano Jacob que se entretenía en preparar la cena, habiendo elegido para ella, en vez de los regalados despojos de la caza que su hermano solía disfrutar, un modesto potage de lentejas. Era tal el buen olor que aquel guisado despedía y mayor aun el apetito que á Esaú devoraba, que no titubeó en proponer á su hermano le diese aquel alimento, aunque en cambio le hubiese de ceder su derecho de primogenitura. Aceptó gustoso Jacob, y verificóse este singular convenio bajo juramento, quedando el un hermano muy gozoso, y atendiendo el otro, solo á saciar su voraz apetito. Conced aquí, niños, cuantos sinsabores se reserva para el porvenir el que cede al intempestivo y desordenado capricho de un momento, y cuantos males se acarrea el que no sabe dominar á sus pasiones. En una casa tan provista, tan abundante de todo como era la de Isaac, no podía tardar mucho tiempo Esaú en satisfacer debidamente su necesidad, y sin embargo, dejándose llevar de su pasión, vendió por un miserable plato de lentejas su derecho de primogenitura; aquel derecho en que estaban vinculados el sacerdocio de los hebreos, la bendición y las promesas de Dios.

Isaac, que sin duda ignoraba todo esto, que ya era muy viejo y que deseaba

bendecir á su hijo primogenito antes de morir, llamó un día á Esaú y le dijo:

—Hijo mío, hoy ha de ser un día de júbilo y de felicidad en esta casa. Coge tu arco y tus flechas, y saliendo al campo, tráeme para comer alguna caza cogida por tu mano, y después de haber recibido este presente de tu amor, te echaré mi bendición paternal antes de morir.

Partió sin tardanza Esaú, y Rebeca atenta á lo que sucedía y solicita siempre por su querido Jacob, preparó prontamente aquellos manjares que ella bien sabía eran del agrado de su esposo; los condimentó con la salsa que mas gustaba al buen anciano y llamando á Jacob le instruyó muy bien en lo que había de decir y hacer. Entró después Rebeca en el aposento de Isaac, llevando un gran manojo de flores y yerbas aromáticas que distribuyó y colocó por la estancia, adornándola como para una gran solemnidad.

El buen anciano, imposibilitado y casi ciego, siente que su pecho se dilata y reanima con las suaves emanaciones de las flores y con aquel aire de fiesta que se respira por todas partes y espera impaciente la llegada de su hijo. Al fin aparece Jacob en el umbral de la puerta, todo lavado y perfumado por su madre. Ella le había puesto la misma ropa de gala de Esaú, acomodándosela del mismo modo que él la solía llevar y perfumándola con los mismos aromas que Esaú empleaba en las grandes solemnidades. Su cabellera estaba rizada del mismo modo que la de Esaú, y todo en fin estaba dispuesto del modo conveniente para engañar al buen anciano, cuyos sentidos, por otra parte, estaban bastante debilitados.

Jacob, animado por Rebeca, acercó una mesita al lecho en que descansaba reclinado su anciano padre y le sirvió los manjares que tanto apetecía, llenándole hasta los bordes la copa de salutarífico vino, cuyas libaciones tanto vigor y alegría parece que comunicaban al anciano. Terminado el convite, Jacob se puso de rodillas delante de su padre, el que imponiendo una mano sobre la undosa y perfumada cabellera del joven, le preguntó:

—¿Eres tú mi hijo primogénito á quien tanto amo?

—Yo soy vuestro hijo primogénito Esaú, contestó Jacob, obedeciendo á su madre inspirada por Dios y sin que en todo caso mintiese, pues él era el primogénito segun el derecho.

—Yo te bendigo, hijo mio, te concedo el derecho de dominio y preeminencia sobre todos tus hermanos, la abundancia de pan, vino y de todos los frutos de la tierra. Bendita sea tu descendencia por el Señor, y su mano poderosa sea contigo y con los hijos de tus hijos.

Levantóse Jacob para besar y abrazar á su padre, y al mismo tiempo entró Esaú en la estancia, todo presuroso, trayendo ya preparados los manjares para su padre y ansioso por recibir su bendicion. Quedóse suspenso y absorto al ver lo que pasaba, y postrándose á los pies de su padre, le pidió á gritos y con grandes lagrimas le diese tambien su bendicion. Dióselo este en efecto, aunque no tal y conforme se la habia dado á Jacob, pues esta, ni podia ni debia ser mas que una é irrevocable. La bendicion paternal era entonces y es ahora un bien inestimable, un don que solo se concede al que sabe hacerse digno de ella y que una vez perdido, ya no se puede recobrar. ¡Desdichado mil veces el hijo, á quien por justos motivos y con grande sentimiento de su corazon, llegue su padre á negar esta prueba de su entrañable afecto, esta prenda segura de felicidad!

Por otra parte, en estos al parecer tan sencillos sucesos, están simbolizados grandes misterios, y en este de Esaú y Jacob está nada menos que la redencion del género humano, en el diverso modo con que concurrieron las naciones á participar de la herencia de Jesucristo. Esaú representa á los judios, que teniendo derecho á esta herencia, le perdieron y menospreciaron, y Jacob representa á los gentiles mas dichosos y llamados por mas dignos á el goce de una herencia que les estaba negada como prometida al pueblo judaico.

Esaú desde este suceso que tanto sentimiento le causó, empezó á manifestar sin el rebozo aborrecimiento que

tenia á su hermano, llegando el caso de amenazarle de muerte. Entonces la prudente Rebeca hizo que Jacob saliese de casa y le envió á Haram en Mesopotamia.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

CONFIANZA. Mas contribuye la confianza á la conversacion, que el ingenio.
La Rochefoucauld.

El deseo de ser compadecido ó admirado, es lo que casi siempre motiva nuestra confianza.

Idem.

CAPRICHOSO. Se multiplica cuantas veces tiene nuevos gustos y diferentes maneras: es á cada instante lo que no era, y pronto será lo que nunca ha sido. Se sucede á sí mismo. No preguntéis de qué complexion es, pero si cuales son sus complexiones, ni de que humor es, pero si cuantos humores tiene.

La Bruyere.

CRITICA. Para saber criticar con exactitud, se necesita muchos años de estudio y de observacion. Un criticon se forma en un momento.

Idem.

Das cosas hay opuestas entre sí, que nos previenen del mismo modo: el hábito y la novedad.

Idem.

Los que vituperan la esencia de la critica, ignoran que el hombre discreto, ha sido herido mil veces, antes de herir una sola.

Rivarol.

COSTUMBRE. Con mas facilidad se vencen hoy las malas costumbres, que mañana.

Confucio

CHISMOSOS. Cuando se acaben los combustibles, el fuego se apagará, y cuande no haya chismosos, no habrá querellas.

Salomon.

;

LUISA Y PABLO

0

EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR JENNER.

NOVELA ALEMANA.

CAPÍTULO XLI.

EL ADMIRABLE DESCUBRIMIENTO.

La estancia favorita de la baronesa, fué en lo sucesivo aquella habitación elevada del palacio, desde la cual podía divisar el sitio, donde yacían los restos de su amada hija. Allí estaba sentada muchas veces derramando lágrimas y mirando hacia la altura, de donde las cintas del atand de Matilde le habían enviado el último adiós. Raro era el día que no pasaba por lo menos media hora entregada á tan tristes recuerdos. Un día poco después del completo restablecimiento de Sara, vió la baronesa desde allí arriba á un ginete que venía á galope por el camino del palacio. Era nada menos que el tan vivamente deseado doctor Jenner, que iba á visitar al baron. Apenas le conoció la baronesa cuando salió de su lúgubre mansión y bajó á recibirle.

—¡Ay! amigo doctor, le dijo sin esperar á que se acercase, si hubiese vd. estado aquí tal vez viviría mi Matilde. Al pronunciar este nombre no pudo la baronesa contener las lágrimas.

Jenner, después de haber oído tan triste nueva, contestó con dulzura:

—Señora, mucho me honra el concepto que vd. tiene de mi, pero á pesar de todo confieso que mi ciencia es muy incompleta. El éxito de nuestras disposiciones depende siempre de la voluntad del Ser Supremo, por lo demás yo también me encuentro casi en el mismo caso que vd. porque tengo un hijo, al que quisiera poder preser-

var de una enfermedad tan maligna, como son las viruelas, pero, ¿adonde vamos á buscar semejante preservativo?

—Y es cosa muy rara, le interrumpió la baronesa; mi Eduardo, que ha respirado el mismo aire que sus hermanas, aislado como ellas y viviendo de la misma manera, sigue bueno y sano, y mis dos hijas contrajeron las viruelas. Aun mas; Luisa que ha andado por el pueblo como siempre, rozándose con todos, y que ha estado con Sara inspirando el pestífero contagio, no ha tenido la menor novedad. Descifreme vd. ese enigma, amigo doctor.

—¿Qué quiere vd? respondió Jenner, la naturaleza suele ser sobremanera caprichosa y elige sus victimas de un modo muy particular. Pero no crea vd. por eso que Luisa y Eduardo estén libres de las viruelas para siempre. Puede ser que pasen años antes que adquieran la susceptibilidad que se requiere, pero á lo mejor se les pegará la enfermedad, sin que se sepa de donde les ha venido el contagio.

—Eso es cruel, dijo la baronesa horrorizada; ¿conque hay que vivir siempre con ese cuidado!

Jenner se encogió de hombros, como lo había hecho el doctor Smith, que asistió á las niñas y preguntó á Luisa; ¿estaba Sara todavía muy mala cuando tú empezaste á cuidarla?

—Si señor, respondió Luisa, pero ya principiaba á mejorar un poco.

—¡Ay, ay! señora baronesa, le dijo el doctor en tono de amenaza, ¿cómo pudo vd. consentir que esta niña se acercase á la enferma y precisamente

entonces que es cuando hay mas peligro?

—Ella se empeñó, contestó la baronesa para disculparse, pues por mí no hubiera venido á ayudarme hasta mucho despues.

—¿No tenias aprension? volvió Jenner á preguntar á Luisa, ¿no te daba miedo de acercarte á Sara?

Luisa bajó los ojos, se sonrió con cortedad y no respondió nada.

—Vamos, sé franca, continuó instándola el doctor, pues ni tu tia ni Sara tomarán á mal que me digas la verdad.

—Ya se vé, dijo Luisa, siempre sentia cierta repugnancia, sobre todo cada vez que Sara me daba la mano, pues la tenia mucho mas fea que la mia, cuando se dijo que yo habia pegado á Eduardo las viruelas de la vaca.

El doctor se quedó absorto como si le hubiera caido un rayo, apretando la mano de Luisa con la suya y mirándola sin pestañear. Asi estuvo algunos segundos sin volver de su enagenamiento, hasta que la baronesa le preguntó sobresaltada; ¿que le pasa á vd., amigo doctor?

Jenner no hizo ademan de haber oido lo que se le preguntaba, pero soltando la mano de Luisa y levantándose repentinamente de la silla, se puso á pasear por el cuarto muy de prisa. ¡De la vaca! ¡de la vaca! murmuraba de cuando en cuando entre dientes y con la mano puesta en la frente en actitud de cavilar. Despues se asomó á la ventana y quedándose en éstasis empezó á silbar como si estuviese en su casa. La baronesa, se alarmó efectivamente, pues temia que el doctor hubiese perdido la cabeza como el desgraciado Pablo, y tampoco los niños sabian á que atribuir una conducta tan estraña. Al cabo se volvió Jenner hacia Eduardo y le preguntó con viveza: ¿Conque tú no te has rozado con ningun enfermo de viruelas?

—No señor, respondió por su hijo la baronesa, porque apenas supe que se habian presentado en el pueblo, ya no le permití salir de su cuarto.

—¡Por vida de!.... ¡qué lástima! exclamó el doctor muy distraido y sin quitar ojo á Eduardo.

Este se quedó algo cortado y se sonrió lo mismo que Luisa al oír la pre-

gunta del doctor, el cual no lo echó en saco roto.

—Vamos, Eduardo, le dijo Jenner animándole; no seas picaruelo; apostaríá á que te has visto con algun enfermo de viruelas; dílo francamente.

—¡Imposible! exclamó la baronesa; pues si yo le he resguardado con el mayor cuidado, y hasta de su misma hermana.

—Pues con todo, si señora, dijo Eduardo muy ufano.

—¡Asi te quiero yo! valiente, exclamó el doctor enagenado de gozo.

—¡Sería posible! mala cabeza, le dijo la baronesa con enfado.

—Vaya Eduardo mío, le suplicó el doctor con instancia, cuéntanos como y cuando estuviste con ese enfermo.

—Hallándose papá y mamá tan ocupados con mis dos hermanos cuando tenían las viruelas, me escapé calladito del palacio y me fui al pueblo á ver á Paquito que tambien estaba todo cubierto de ellas.

—¡Desobediente, ingrato! exclamó la baronesa irritada; ¿qué motivo tuviste para quebrantar de ese modo mis órdenes y esponerte á un peligro tan grande?

—No te enfades, mama mia, la rogó Eduardo; mira, yo me figuré que de todos modos tenia que contraer las viruelas, y mas queria pasarlas al mismo tiempo que mis hermanas, que estar despues tan solo en la cama. Ademas me fastidiaba mucho, porque me tenias siempre encerrado en mi cuarto y no me dejabas ir á ver á nadie.

El doctor que entretanto se habia serenado dió muestras de desaprobacion al oír á Eduardo y le dijo:

—Has hecho muy mal en traspasar la voluntad de tus padres, pues se te hubieran podido seguir grandes perjuicios. Si no ha sido así, y por el contrario resulta algo bueno de tu desobediencia, no será debido á tu ligereza, sino á la bondad de la providencia, que del mal hace siempre nacer el bien. Disimule vd., señora baronesa, la conducta que observé antes, pues un asunto de la mayor importancia me habia puesto en la mas completa distraccion. Ahora mismo

voy á ver si puedo recoger mas pruebas.

Diciendo esto tomó el sombrero, se despidió y se marchó precipitadamente. Todo el día estuvo fuera y por la noche volvió sudando á mares. Otro tanto hizo los dos días siguientes, de suerte que el baron y su esposa no sabían que pensar de él. Al cabo se aclaró aquel enigma, pero solo para Luisa, á quien el doctor condujo al jardín para hablarla en secreto. Jenner tenía cierto aire de inspiración, y sus palabras pronunciadas con entusiasmo daban testimonio de su profunda conmoción.

—Luisa, le dijo, tengo que hablarte de un asunto de la mayor importancia, y me parece que tú estás animada de los sentimientos que se requieren para llevar á cabo lo que he meditado estos días. He hecho un descubrimiento, que si llega á dar resultados, va á ser de una utilidad inmensa, pero para eso es preciso que tú me ayudes. ¿Te negarás á hacerlo si se trata de evitar que perezcan muchos millones de almas?

—Diga vd. lo que he hacer, respondió Luisa, pues ya que le debo á vd. la vida, estoy dispuesta á todo lo que vd. me mande.

—No, no, replicó el doctor con viveza, no por mí, Luisa, sino por toda la humanidad. ¿No te enagenas de gozo cuando oyes hablar de ciertas personas que sacrificaron con gusto la vida ó se arrojaron con valor á los peligros mas inminentes por el bien de sus semejantes? ¿No te entusiasma el ejemplo de todos esos héroes de virtud, cuyos nombres conserva la historia para eterna memoria y gratitud? Pues figúrate que gozo sería el tuyo si ya en tu tierna edad contribuyes á disminuir el número de los males que afligen á los hombres. Esa satisfacción vale mas que todos los tesoros del mundo.

—Pero yo, pobre de mí, dijo Luisa, con que puedo contribuir á tan grande obra.

—Eso es lo que voy á decirte. Por tí misma he llegado á conjeturar que quien ha pasado la viruela vacuna queda libre de las naturales. Lo que dijo Eduardo me confirmó en esta idea y

por eso fui corriendo á averiguar otros casos para adquirir mayor certeza. Con este fin he andado preguntando por todos los pueblos de alrededor, y mis diligencias no han sido infructuosas, pues he visto que efectivamente los que han tenido la viruela vacuna no han sido después acometidos de la natural, de suerte que siendo esto así poseeríamos un preservativo infalible y esento de todo riesgo contra una peste tan asoladora. Sin embargo antes de dar publicidad á mi descubrimiento quisiera estar completamente convencido de que es cierto, y tú puedes contribuir á ello, si consientes, pero por Dios no te asustes, en dejarte contagiar de las viruelas naturales. Yo creo firmemente que no enfermarás aunque se te transmita el pus de un virulento por medio de la inoculación, pero no puedo salir responsable del éxito. No se puede negar que te espondrias tal vez hasta perder la vida, y por eso dejo á tu arbitrio obrar como mejor te parezca. Es verdad que las viruelas naturales se inoculan á muchos niños con el fin de que las pasen con menos riesgo, pero ya digo, algunas veces ha tenido este ensayo muy malos resultados, por cuya razón no todos los padres se avienen á ponerlo en práctica. Dime, pues, ahora lo que piensas hacer.

Luisa levantó al cielo sus hermosos ojos azules animados de entusiasmo religioso, y cruzando las manos involuntariamente dijo con la mas íntima convicción: «pues bien, consiento en ello.» Dios me ha conservado hasta ahora maravillosamente y si permitió que vd. me volviese á la vida, seguramente no fué para dejarme perecer ahora de las viruelas. Si condesciendo no lo hago por satisfacer ningún capricho, sino para contribuir á libertar á tantos niños del lecho del dolor y de la muerte; conquie en caso de que me cueste la vida, hágase la voluntad del Señor. El murió tambien por los hombres, y si ha de ser, seguiré su ejemplo como Dios lo manda.

El doctor Jenner no pudo contener las lágrimas, y estrechando á Luisa en sus brazos, la dijo: Así me gusta, hija mía, que pienses y procedas como una

niña verdaderamente cristiana. Por el bien de nuestros semejantes debemos arrostrar cualquier peligro, pero espero que no correrás ninguno. ¡Dios nos asista con su gracia!

Jenner estuvo dudando un buen rato si convendría hablar antes con el baron y su esposa, pero se decidió á no decirles nada para que entrasen en cuidado, y por estar intimamente persuadido de la verdad de su asercion. Luisa tuvo que ir con él á casa de un virolento, y allí le inoculó Jenner el pus de las viruelas, haciendo unas ligeras incisiones en la piel. Con gusto presentó la niña sus torneados brazos sin dejarse arredrar por el temor de lo que le pudiera suceder despues.

—Si como no espero, dijo Jenner, prendiesen las viruelas, seria obligacion nuestra decirselo á tus parientes y separarte completamente de Eduardo. Por eso iré todos los dias á ver si salen pústulas ó no en las incisiones que te he hecho.

Luisa y el doctor estuvieron algunos dias con bastante inquietud, pero pasado este tiempo las incisiones se cicatrizaron sin haber mostrado la mas mínima señal de inflamacion.

Despues de conseguir este triunfo daba Jenner gracias á Dios por haberle revelado un descubrimiento tan importante: se tenia por el mas feliz de los mortales y no sabia como premiar á Luisa el heroismo con que se habia prestado á poner fuera de toda duda la virtud del preservativo.

Luisa por su parte se creia suficientemente recompensada con lo que habia hecho, si bien era bastante modesta para no exagerar su mérito. Su recompensa consistia mas bien en la satisfaccion inapreciable de saber que para lo sucesivo quedaban tantos millones de personas preservadas de la muerte y de las deformidades que ocasionaban las viruelas. Nunca habia estado Luisa tan contenta. Su regocijo se mostraba en sus miradas y en que todo lo hacia brincando y cantando. No era menor la alegria de Jenner aunque algo mas silenciosa, pues no hubiera dado su descubrimiento por todos los tronos del mundo. Y en efecto era mas poderoso

que los reyes, pues estos pueden muy bien llevar á morir hombres á centenares, pero no salvar ni á uno solo de la muerte. Tal deber ser el júbilo de los ángeles cuando ejecutan los decretos del Altísimo derramando beneficios por todas partes.

CAPITULO XIV.

LA FÉ MAL ENTENDIDA.

El doctor Jenner hizo público su descubrimiento, y el baron y su esposa fueron los primeros que supieron esta novedad. ¡Ay, cuanto hubieran dado por que se hubiese hecho algunas semanas antes! La baronesa no se acordaba ya de que la enfermedad de sus hijas era propiamente lo que habia motivado el descubrimiento y hacia estremos de desesperacion, sin que nada pudiese consolarla, pues en vano le hizo presente su esposo que aun podian tenerse por muy dichosos, sabiendo que su Eduardo se hallaba infaliblemente preservado de las viruelas naturales.

La noticia del descubrimiento de Jenner recorrió todo el pais con la velocidad del rayo, haciendo mucha sensacion, y despues que el inventor inoculó á su propio hijo la viruela vacuna, se afirmó aun mas la creencia en la infalibilidad del preservativo. Millares de madres iban con sus hijos al palacio del baron, donde el caritativo doctor vacunaba desde la mañana hasta la noche. La concurrencia llegó á ser tan grande, que el edificio parecia una fortaleza sitiada. Por un lado traia la sencilla labradora á su niño de pecho metido en su cuévano, y por otro un lord poderoso llevaba á su único heredero en un coche magnífico tirado por cuatro caballos, pero Jenner vacunaba á los pobres lo mismo que á los ricos sin distincion de clases; y conforme al precepto del Señor de que lo que hemos recibido gratis lo debemos dar tambien de balde, no exigia nada por su trabajo. El corazon le palpitaba de gozo cuando veia á tantos niños de ambos sexos y de todas edades presentándole los brazos desnudos para que los vacunase, y cuando pasaba por el inmenso tropel de padres agradecidos,

que le tributaban los mayores elogios por el bien que había hecho á la humanidad doliente. No parecía sino que el Salvador había vuelto al mundo, y que toda la gente conducía á él los enfermos para que los curase. Por toda Inglaterra resonaron las alabanzas de Jenner y el eco las repitió en Europa, en Asia y en América, de suerte que el inventor tenía que reprimirse para no envanecerse y ceder toda su honra al Supremo Hacedor. También Luisa tuvo alguna parte en la fama de Jenner, pues este aseguraba que ella le había inspirado la primera idea y que por su heroísmo había quedado fuera de toda duda el descubrimiento. Mandóse á todos los labradores del reino que avisasen por los papeles públicos siempre que tuviesen alguna vaca con viruelas para que no faltase vacuna, pues las gentes no tenían paciencia para esperar á tomarla de los niños vacunados, deseando todos verse cuanto antes seguros de la terrible peste. Llegó el caso de ofrecer sumas cuantiosas por una vaca con viruelas.

A pesar de eso no faltaban tampoco personas irracionales, que se sonreían con sarcasmos al oír hablar de tan útil descubrimiento, y que aun no se mordían los labios para hablar en contra de él. ¿Y quién creería que una de ellas fuese Tomás, hombre tan cabal bajo todos conceptos? Pues así era efectivamente.

Cerca del tiempo de la cosecha encontró Jenner un día á Tomás á punto que iba á salir al campo en un carro vacío. Hacía un calor excesivo y el labrador llevaba en la cabeza un gran sombrero de paja, que le resguardaba de los rayos del sol.

—Buenos días, Tomás, le saludó el doctor, ¿cómo va? ¿que tal está Margarita?

—No tiene novedad, respondió Tomás: es tan guapa que todos estamos chochos con ella.

—Vamos, ¿no quiere vd. que la vacunemos? Ahora justamente tengo buena vacuna.

Tomás se sonrió con mucha corteidad y estuvo un rato sin hablar palabra, pero al cabo contestó: ¡qué quiere

vd., señor doctor, no me atrevo á hacerlo! Mi muger me ha puesto ya la cabeza como un bombo con la tal vacuna, y otros también me están moliendo á cada paso, pero á mí no me gusta meterme en lo que Dios tiene dispuesto.

—¿Cómo! replicó Jenner sorprendido, ¿conque vacunando á Margarita se mete vd. en lo que Dios tiene dispuesto?

—Si señor, dijo Tomás, yo así lo creo. Dios permite que unos cojan las viruelas y otros no, y que unos se mueran de ellas y otros sanen. Así lo tiene dispuesto de antemano, y por eso sería una terquedad bien clara poner tranquilas á su voluntad. Lo mismo es con las viruelas que con el rayo; si ha de coger á uno, le coge, y si ha de quemar una casa la quema. Por eso no pongo yo pararrayos en la mía; el gasto sería lo de menos, pero no quiero oponerme á la voluntad de Dios.

—¡Tomás, Tomás! dijo Jenner con austeridad, siempre le he tenido á vd. por un hombre honrado y de sana razón; pero ahora no sé que pensar de vd. Pues que, ¿cree vd. que está en su mano la voluntad de Dios? ¿y con qué? ¿con un pararrayos? ¿con un poco de vacuna? Dios ha hecho las tempestades para nuestro bien y no para que nos causen daño, y las viruelas no las ha producido él sino el hombre apartándose de la naturaleza de mil modos, como descuidando la limpieza, y entregándose á los excesos. En Europa no las hubo tampoco hasta el siglo doce, que fué cuando nos vinieron del clima abrasador del Africa. Si Dios nos ha dotado de razón, ha sido con el fin de que nos guardemos de las cosas perjudiciales. ¿Para qué lleva vd. ese sombrero de paja en la cabeza? Sin duda para resguardarse de los rayos del sol y no coger tal vez un tabardillo. Pues eso es contrariar la voluntad de Dios, porque el sol es obra suya la mismo que los rayos. También nos envía Dios el frío, y á pesar de eso, cuando llega el invierno, no repara vd. en ahrgarse lo mas que puede, ni en calentar el cuarto. Nada de eso debería vd. hacer para no faltar á la máxima de no meterse en lo que Dios tiene dispuesto.

Tomás se veía muy atado, pues por una parte no quería dar su brazo á torcer, y por otra no sabía que replicar á las razones del doctor. Cortó pues repentinamente la conversacion, y echando una mirada al cielo, dijo: Perdóname vd. señor doctor no puedo detenerme mas; me parece que se arma una tempestad y tengo el centeno fuera; conque voy corriendo á meterle en el granero.

—¿Cómo es eso? dijo Jenner ¿se quiere vd. meter otra vez en lo que Dios tiene dispuesto? El envía la lluvia para que el centeno se moje, y vd. se opone á su voluntad yendo á toda prisa á ponerle en seco ¿qué le parece á vd.? ¿Está eso bien? quiere decir que aprecia vd mas el grano que su propia hija, pues trata vd. de resguardar á aquel y á esta no. ¿No tengo razon? Vamos ¿quiere vd. que vacunemos á Margarita?

—Allá veremos, contestó Tomás algo picado; cual el tiempo tal el tiempo.

—¡Si! dijo Jenner muy enojado, y que despues lleguemos tarde! Acuértese vd. de la pobre Matilde.

Tomás arreó á los caballos sin responder una palabra y el doctor se volvió al palacio.

CAPITULO XV.

EL VIAGE A LA CORTE.

En el palacio halló Jenner una carta cerrada con el sello real, en la cual se le llamaba inmediatamente á la corte de Lóndres, para que vacunase á los príncipes y princesas. Cualquier médico hubiera podido hacerlo, pero entonces se creía que el inventor del preservativo debía tener mas habilidad que los demas y por eso era preferido. Este llamamiento le fué muy grato al doctor Jenner, no por ambicion ó codicia, sino porque tenía esperanzas de que con el egemplo del soberano se propagase con mas rapidez la vacuna, y así sucedió efectivamente.

Jenner hizo al instante los preparativos para el viage, y pidió permiso al baron y á su esposa para llevar á Luisa consigo. Hace tiempo que la ofreci una

diversion, les dijo, y ademas estoy seguro de que la familia real tendrá mucho gusto en ver á la que en realidad ha motivado un descubrimiento de tanta importancia. Tambien tengo otra mira, pero por ahora no pienso revelarla todavia.

Pronto se halló Luisa en el coche al lado de Jenner caminando hácia la inmensa capital; pero antes habia encargado á todos con empeño que cuidasen mucho á su querido Pablo. A medida que se acercaban á Lóndres encontraban cada vez mas gente, hasta que al fin divisaron aquella enorme ciudad con tantas iglesias, torres y palacios. Sobre el Támesis tremolaban un sin fin de gallardetes de los buques de mar, y por los ojos del puente se deslizaban las embarcaciones mas pequeñas. No se sabía adonde llevar la vista con preferencia. Luisa estaba atolondrada de oír tanto ruido y se sentía tan angustiada que de buena gana se hubiera vuelto al pueblo. La habitacion de la fonda, donde se alojaron era muy lugubre y reducida. Los edificios tenían tal altura, que solo se veía en la calle un corto espacio de cielo y aun este empañado por el humo del carbon de piedra. Aquella noche tardó Luisa mucho tiempo en conciliar el sueño, pues el ruido no paró hasta muy tarde. Aun se vió mas apurada al dia siguiente cuando se trató de ir al palacio de Windsor; pero Jenner encontró al instante un medio de quitarle la aprension.

—Luisa, la dijo despues que entraron en el coche, si el rey se dignase permitirte que le pidieses una gracia, ¿cual seria el objeto de tus deseos?

Esta pregunta la sorprendió á Luisa en extremo, pero sin vacilar un momento respondió; ¡Mis padres!

—Muy bien, dijo el doctor, ya lo sabía yo, y por lo mismo he querido que vengas conmigo. Es verdad que no te puedo asegurar si el rey te concederá dicho permiso, pero te lo digo para que en todo caso te halles prevenida y no te coja de susto.

Deseando estaba Luisa llegar allá para poder interceder por sus padres, y así es que no experimentó el menor

temor al subir la espaciosa escalera del palacio ni al atravesar los magníficos salones, que conducían á la estancia de las personas reales. El rey (Jorge III) que era muy amable, estaba rodeado de muchos príncipes y princesas de varias edades, y todos nietos ó sobrinos suyos.

—Bien venido, amigo doctor, le dijo á Jenner, el cual hizo al entrar una profunda reverencia, adelante, adelante. Aquí tiene vd. una porción de gente menuda dispuesta á dejarse sajar los brazos, para quedar preservados de las infames viruelas. No es verdad, hijos míos, que vale mas sufrir algun arañazo en los brazos, que volverse feo y perder la salud ó la vida. Vaya, vaya, prosiguió al notar que las niñas mas pequeñas se habian inmutado un poco, eso de sajar los brazos lo he dicho de chanza. Sino ahí teneis esa niña tan guapa que viene con el doctor, y que ya ha pasado por ello. ¿Se nota acaso algo en sus bracitos torneados y rollizos? Hija mia, dijo el rey dirigiéndose á Luisa, cuéntanos que viene á ser la viruela vacuna y la operacion de vacunar. Tú, que segun dice el doctor, has sido la que propiamente ha motivado el descubrimiento, podrás mejor que nadie enterar de todo á esta familia.

Luisa obedeció y refirió la caída que habia dado; lo que le sucedió con la vaca cuando tuvo que ordeñarla con los dedos malos, y que entonces se contagi, en una palabra, todo lo que ya saben nuestros lectores.

Las personas reales estuvieron escuchando con mucha atencion la interesante narracion de Luisa, y luego que concluyó, la preguntó el rey; ¿pero quién te inspiró tanto valor, hija mia?

—Me puse en las manos de Dios y en las del señor doctor, que ya me habia salvado una vez de la muerte, contestó Luisa.

—Es verdad añadió Jenner, esta niña, aunque tan pequeña, ha sufrido ya una série de padecimientos, que han fortalecido extraordinariamente su espíritu. Con este motivo refirió el doctor el paso por las montañas, donde encontró helados á Luisa y á Pablo.

Este suceso escitó en todos el mas vivo interés.

—¡Pocas aldeanas hay como esta! exclamó el rey admirado. ¿Tiene tu padre otros hijos como tú? ¿quien es tu padre? ¿cómo se llama?

—Mi padre, respondió Luisa poniéndose muy encendida, es el baron Allan de Léven.

—¿Cómo! ¿y tú tienes que ordeñar las vacas? preguntó el rey asombrado.

—¡Ay! eso seria lo de menos, si mis padres no fuesen tan desgraciados, contestó Luisa prorumpiendo en lágrimas. No, mi padre no ha ofendido á V. M. pues ana á su rey tanto como yo misma, señor, sed clemente con él. Diciendo esto se echó á los pies del rey y se quedó abrazada á sus rodillas.

—¿Qué te pasa! niña, exclamó el rey alarmado, ¿qué significa esto? Yo no tengo noticia de lo que dices.

El doctor le esplicó todo en pocas palabras, mientras Luisa repetía sollozando ¡mi padre es sin duda inocente! no puede haber hecho traicion á V. M. señor, apiadaos de él.

—Tranquilízate, dijo el monarca, yo tampoco creo que el padre de una niña tan buena como tú sea reo de lesa magestad. Además que no le he hecho ningun daño para que me quiera mal. Yo me informaré despacio de lo que hay en eso, creelo, hija mia.

Luisa se sonrió enjugándose las lágrimas y besó agradecida la mano, que le alargó el buen monarca.

Despues se volvió el rey hácia el doctor diciéndole: vamos, amigo Jenner no olvidemos lo principal por atender á esta linda pretendiente.

El doctor procedió inmediatamente á la operacion. De un estuche muy hermoso sacó un bisturí reluciente, con el cual hizo á los príncipes cuatro ó cinco cortaduras pequeñas en cada brazo, introduciendo despues en ellas un poco de vacuna recientemente tomada de una vaca y que llevaba entre unas planchitas de cristal. No puso vendage alguno sobre las heridas, y solo las cubrió con la manga de la camisa despues que estuvieron algo secas. Todo se hizo con tal rapidez que en cosa de un cuarto de hora quedaron vacunados todos los niños. El dolor que sintieron fué tan insignificante que los príncipes se reían

de las princesas por el miedo que habían tenido antes.

—Ahora, amigo Jenner, dijo el monarca, es preciso que no parta vd. de Londres hasta que hayan desaparecido la fiebre y las pústulas, ya que hemos puesto en vd. toda nuestra confianza. Y cuando venga vd. a ver a mis pa-

cientes, no olvide vd. traer consigo a esa niña tan excelente.

Jenner hizo una reverencia ofreciendo satisfacer con gusto los deseos del monarca y se volvió con Luisa a la fonda donde estaban hospedados.

GUSTAVO NIERITZ.

(Se continuará)

LEYENDAS HISTORICAS.



AVENTURAS MARAVILLOSAS

DE LYDERICO,

PRIMER CONDE DE FLANDES.

(Continuacion.)

En esto Brunehilda cogió la piedra con una mano nada mas, y la arrojó con tanta fuerza, que en vez de detenerse al pié de la elevacion, subió rodando hasta la mitad; pero despues conducida por su peso retrocedió y quedó parada en el sitio de la señal. Los caballeros de Gunther temblaron y los de Brunehilda aplaudieron; los doce hombres, fueron por la piedra que condujeron con sumo trabajo. Gunther sin esfuerzo alguno aparente tomó la piedra, y como un jugador de bochas tira su bola, así el rey de Higlanda tiró la piedra, la que fué mucho mas lejos que cuando la arrojó Brunehilda, pues habiendo llegado a la cima de la altura, lejos de retroceder, siguió su impulso, y descendiendo la pendiente opuesta, se fué rodando hasta sumergirse en el mar.

Esta vez los espectadores no aplaudieron, sino lanzaron gritos de admiracion; queriendo ver el pueblo donde la piedra habia caido se dirigió corriendo hacia el mar, y Brunehilda pálida de cólera llamó a su pueblo diciendo.

—Venid, pueblo, deteneos: esto no

ha finalizado todavía; falta aun la última prueba. Rey Gunther, prosiguió, ¿ves este precipicio?

—Si, dijo Gunther.

—Pues bien, su profundidad es desconocida, de suerte que si se arroja una piedra como la que acabamos de tirar tarda muchos minutos en llegar al fondo. Un dia que yo estaba cazando perseguí un alce que le pareció hallar su seguridad saltando este precipicio, sin embargo, yo le salte tambien y le maté. ¿Estás dispuesto a hacer otro tanto?

—¡Hum! dijo Gunther.

—Acepta, le dijo Lyderico.

—Dispuesto estoy, repuso el rey; pero despojémonos de nuestra armadura.

—Permito que te despojes de tu armadura, rey Gunther, repuso desdenosamente Brunehilda; pero yo llevaré puesta la mia

—No te quites la armadura, dijo en voz baja Lyderico.

—Si no os quitais la armadura, dijo Gunther a la reina, yo tambien permaneceré con ella puesta.

Entonces la bella guerrera, tan ligera como una cierva, y sin temor de ninguna especie, tomó distancia y saltó el precipicio, y los concurrentes a este espectáculo lanzaron un grito de espanto creyendo que habia caido en el; pero al poco tiempo Brunehilda volvió a presentarse sin que nada le hubiese sucedido.

—A ti te toca imitarme, rey Gunther, dijo Brunehilda.

—¿Cómo haremos? preguntó Gunther á Lyderico.

—Te cogeré de la mano, repuso el conde, y seguirás el impulso de mi carrera, y saltarás.

—¿Me estrellarás?

—Nada temas.

En fin Gunther partió á correr, despues que tomó distancia, con tal ligereza, que apenas se le podia seguir con la vista, pues mas bien parecia que volaba que corria, y saltando el precipicio llegó á caer á distancia de diez pasos mas allá del parage en que cayó Brunehilda.

—Rey Gunther, dijo la reina, me has vencido en las tres pruebas que te impuse; nada mas tengo que decirte, me has conquistado y soy tu muger.

—Y tú, dijo Gunther bajo á Lyderico, eres el marido de mi hermana.

Y en tanto que Gunther besaba la mano de Brunehilda, Lyderico apretaba la de Gunther.

Gunther y Brunehilda se adelantaron entonces hácia los concurrentes agarrados de las manos, y Brunehilda presentó á Gunther como su esposo, lo cual produjo tanto entre los caballeros de Islandia como entre los de Escocia una grande emocion de alegría, pues, segun ellos, con semejante rey y con semejante reina nada podian temer de ningun pueblo estrangero.

Lyderico se quitó el casco, y presentándose visible, saludó á Gunther y á Brunehilda como si en aquel mismo instante hubiese llegado de su navio; pero la princesa apenas se dignó saludarle, y en cuanto á Gunther, por muchos deseos que tuviera de abrazarle, no hizo otra cosa que darle la mano. Se determinó que ambas bodas se celebrasen á un mismo tiempo en la capital de Higlanda, lo cual convenido, permanecieron quince dias mas en Segardia para que Brunehilda arreglase los negocios de su estado antes de su salida del reino. Estos quince dias transcurrieron; emprendióse la marcha, y un viento favorable condujo el navio á la capital de Higlanda.

La princesa Chrimhilda se tuvo por muy dichosa con volver á ver á Lyderico y por saber de la boca de su mismo

hermano, que tales eran los servicios que su amante le habia prestado que le conceptuaba acreedor á concederle su mano; tambien la princesa recibió á Brunehilda como á una hermana hácia la cual habia dispuesto de antemano tributarle sus mas sinceros afectos; mas Brunehilda se manifestó en esta ocasion como de costumbre tenia, orgullosa, pues despreciaba mucho á las jóvenes que solo se ocupaban de sus adornos exteriores para presentarse gratas á los ojos de los hombres.

Las dos enanas, damas de honor de Chrimhilda, tambien se pusieron muy contentas cuando vieron á su libertador, pues se encontraban muy dichosas al lado de la princesa Chrimhilda, la cual tenia hácia ellas todo género de bondades y distinciones, y estas en agradecimiento presentaban todos los dias nuevos obsequios á la princesa, relativos á las cosas maravillosas que hacian cuando bordaban.

Por último, las dos bodas se celebraron en medio de la mas pomposa suntuosidad, y durante los tres dias que precedieron á esta solemne ceremonia hubo justas y torneos, pero el mismo dia del casamiento, Lyderico recibió una carta de su madre en la cual le llamaba á sus estados, y añadia la anciana princesa, que tenia grandes deseos de volver á ver á su hijo, y le suplicaba volviese cuanto antes á su lado acompañado de su nuera pues queria conocerla; y últimamente le decia, que si tardaba ocho dias mas en emprender su viage, que la encontraria muerta de pesar. En su consecuencia Lyderico, dijo á la princesa, su esposa, que le era forzoso partir lo mas pronto posible, y como esta no tenia otra voluntad que la de su noble marido, ofreció ponerse en camino al siguiente dia; solamente pidió el permiso de hacer un regalo á su cuñada dándole la mitad de sus perlas, rubies y diamantes, lo que Lyderico consintió con mucho gusto; pero Brunehilda devolvió con orgullo á su cuñada el presente que le hacia, diciendo que ella no estimaba otras alhajas que la lanza, la coraza, el casco y su espada, cuyo desaire fué un nuevo motivo para que Lyderico deseara con mas

vehemencia acelerar su partida, pues reflexionaba con fundamento que si permanecía mas tiempo en la corte del rey su hermano, se introduciría la desavenencia entre ambas esposas.

Con efecto Lyderico y Chrimhilda partieron, pues, para el castillo de Buck que habitaba siempre la anciana princesa, al cual llegaron al cabo de ocho días de camino. Ermengarda manifestó su estremado contento al volver á ver á su hijo, dando á la vez á Chrimhilda una verdadera acogida de madre. En cuanto á lo demas todo marchaba perfectamente en los estados del conde de Flandes, y sus pueblos á la sazón se creían ahora mas felices que nunca, y no pedían al cielo otra cosa que la conservación de un principe tan bueno y virtuoso. A los nueve meses cabales, la princesa Chrimhilda, dió á luz un hermoso niño que recibió en el bautismo el nombre de Andracó.

Al mismo tiempo que Gunther felicitaba á su hermana por el nacimiento de su hijo, invitaba á Lyderico á que volviese á venir á verle con Chrimhilda, tan pronto como esta se hallase en disposicion de soportar el viage, diciéndole, que tenia que comunicarle cosas de la mas alta importancia. Lyderico participó á su esposa esta noticia, la cual por una parte tenia deseos de visitar á su hermano, de manera que como, gracias á su buen natural, habia olvidado la orgullosa acogida de la reina Brunehilda, fué la primera en acceder á pasar algun tiempo en la corte del rey Gunther. Por lo que respecta á la anciana princesa, le costó trabajo en un principio dar su consentimiento para esta nueva ausencia; pero como le prometieron dejarle á su nieto, cedió á que se verificase la marcha de Lyderico y Chrimhilda, á la cual amaba ya tanto como puede amarse á una hija. El conde de Flandes admitió la propuesta de que su hijo quedase al lado de su abuela, con tanta mas razon, cuanto que no habiendo espresado Gunther en su carta que su esposa se hallaba en cinta, tenia inspirar la envidia en el alma de Brunehilda y su marido, los cuales mirarian incesantemente su hijo, y esto les haria ver á cada

momento que el conde de Flandes habia sido mas dichoso que Gunther: Lyderico y Chrimhilda partieron, pues, solos para la capital de Higlanda. Fueron recibidos por Gunther con las mas vivas demostraciones de júbilo, y la misma orgullosa Brunehilda apareció contenta y regocijada por volverlos á ver, y al observar á Lyderico no podia menos que cubrirse de rubor, pues no habia podido olvidar aquel beso que la despertó y del cual jamas habló á su marido; Lyderico, por su parte creyó que era inútil referir á Gunther esta circunstancia de su embajada, desuerte que el rey de Higlanda atribuía el rubor de Brunehilda á la alegría que experimentaba volviendo á ver á sus antiguos amigos.

Tan pronto como Lyderico y Gunther se vieron solos, lo que no tardó mucho, pues los dos buscaban la ocasion, el conde preguntó al rey cuales eran las cosas importantes que tenia que comunicarle; entonces Gunther refirió á Lyderico una historia bastante estraña y original. Dijo que la noche de sus nupcias, Brunehilda se quitó sus ligas y que con una le ató las manos y con otra los pies, y que despues le colgó á un haz de armas que estaba pendiente de la pared y que en seguida se acostó á dormir tranquilamente: Gunther entonces quiso gritar y pedir socorro; pero Brunehilda se levantó al instante y le pegó de un modo tan cruel, que el pobre recién casado prometió permanecer mudo tod(la noche; con esta promesa Brunehilda se volvió á acostar y durmió tranquilamente hasta que amaneció el siguiente día: cuando despertó, compasiva á las reiteradas súplicas de su marido, le desató. Desde entonces, la princesa continuó haciendo lo mismo todas las noches, sin que á Gunther le quedara otro recurso que encerrarse desde que comenzaba á anochecer en una pieza inmediata á la estancia nupcial.

He aquí las cosas interesantes que Gunther tenia que manifestar á su amigo Lyderico, el cual reflexionó un instante sobre lo que acababa de oír, y despues, poniendo la mano sobre la espalda del rey le dijo:

—No tengas cuidado; esta noche, luego que los pages y demas servidumbre de palacio se hayan retirado, en vez de salir por la puerta, ciérrala por dentro y apaga la luz de la lámpara; lo demas queda de mi cuenta. Yo te he sostenido en las tres primeras pruebas y no es justo que te abandone en esta última.

—¿Estarás allí? preguntó Gunther.

—Sí, estaré, respondió Lyderico.

—Pero, ¿cómo sabré que estás?

—Te hablaré al oído, como lo hice en el castillo de Segardia.

Gunther se prec pitó en los brazos de su amigo, jurándole que jamás olvidaría este último servicio que le prestaba, el mas grande de todos cuantos hasta entonces le habia prestado.

El día se pasó en medio de los mas grandes festejos; el rey y la reina de Higlanda presentaban el aspecto de hallarse gustosamente reunidos, de modo que el pueblo solo deploraba la esterilidad de esta unión, nica nube que podia oscurecer el ciclo de tan feliz matrimonio en la apariencia; Brunehilda consentia en aparecer amable, cariñosa y obediente durante el día con tal de ser la dueña por la noche. En fin llegó esta sin que Brunehilda supiera nada del complot que se habia tramado contra ella: á la hora de retirarse, Lyderico condujo á Chrimhilda á su habitacion y la dijo que tenia que hablar con Gunther relativamente á negocios de estado y la dejó sola contra su costumbre, cuyo momentáneo abandono causó gran sentimiento á la esposa del conde; pero su alma era tan bondadosa como orgulloso el carácter de la reina, de suerte que cuando supo que esta ausencia era para hacer un gran servicio á su hermano no detuvo á su marido. En consecuencia de esto Lyderico pasó á la estancia inmediata, puso en su cabeza el casco que le habia invisible y se encaminó á la habitacion del rey cuya puerta estaba abierta; segun costumbre, pages y demas sirvientes de la real casa con antorchas encendidas acababan de conducir á sus soberanos á este recinto, testigo hacia un año de acontecimientos tan estraños. Lyderico se mezcló con la servidum-

bre y entró, y viendo que el rey miraba á todos lados con inquietud se aproximó á él y le dijo:

—Aquí estoy.

Desde entonces el afligido rostro del monarca recobró toda su serenidad, y su vista dejó de fijarse con terror sobre el haz de armas, al cual debia las noches mas crueles del mundo. A cierta hora, servidores y pages se retiraron con sus antorchas dejando en la estancia del rey tan solo una lámpara encendida. Entonces Brunehilda, que hasta allí habia conservado la apariencia de una sumisa esposa, se levantó con orgullo, y con la marcha magestuosa de una reina se adelantó hacia su marido; mas este preguntando en voz baja á Lyderico si era llegado el momento, y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, se encaminó á la puerta y cerrándola, colocó la llave en su bolsillo, en vez de huir como lo habia hecho noches anteriores. Brunehilda dió á Gunther tan fuerte puñetazo que le dejó caer sobre la mesa donde estaba la lámpara, la cual dió en tierra y el cuarto quedó completamente á oscuras.

—¿Ves lo que me pasa? dijo en voz baja Gunther á Lyderico.

—Sí, repuso el conde; ahora colócate en un rincón y déjame con ella.

A este tiempo Lyderico ocupó el lugar de su cuñado y como Brunehilda creyese que era su marido, y la experiencia le habia dado á conocer la superioridad que sobre el mismo tenia, quiso cogerle las manos para atárselas como antes lo habia hecho; pero esta vez las cosas pasaron de distinto modo sucediendo todo lo contrario, porque fué Lyderico quien cogió las manos de Brunehilda, las ató con su cinturón, colgóla al haz de armas y desapareció. A tiempo de salir encontraron sus pies un ligero obstáculo cerca de la puerta y bajándose para ver lo que era, cogió una cosa que se presentaba muy suave al tacto: acercándose á la luz vió la banda que Brunehilda llevaba consigo ordinariamente y en la cual estaba pasado un anillo de oro con sus blasones.

Lyderico volvió á entrar en su apo-

sento y halló á Chrimhilda inquieta y sobresaltada; el conde de Flandes como no tenía secretos para su esposa la refirió cuanto acababa de suceder enseñándole el anillo y la banda que habia encontrado: Chrimhilda quiso ver estos objetos y su esposo dudó un instante en la concesion; pero conociendo despues que esto aumentaria sus deseos, le dió el anillo y la banda rogando al mismo tiempo que jamás revelara la manera conque estas prendas habian llegado á su poder: Chrimhilda lo prometió, y es indudable que en este momento tenia la intencion de sostener su promesa.

Al siguiente dia, Gunther, fué en busca de Lyderico y le estrechó la mano lleno de gozo por el triunfo que habia obtenido; pero Brunehilda apareció al contrario, entristecida y avergonzada al contemplar la superioridad que su esposo tenia sobre ella. El odio instintivo que Brunehilda tenia hacia su cuñada Chrimhilda aumentóse á la sazón, á punto de que no podian encontrarse solas en un mismo parage sin dirigirse sátiras y espresiones de sarcasmos; mas por este tiempo estalló una rebelion en el Norte del país de Higlanda, y Gunther se vió precisado á dejar la capital para ir á apaciguar los trastornos de aquellas comarcas; despidióse, pues, de Lyderico y de Chrimhilda, dejando á Brunehilda el cuidado de llenar hacia este dichoso matrimonio los sagrados deberes de la hospitalidad.

No bien Brunehilda llegó á encontrarse sola, cuando comenzó á tratar á Lyderico y á Chrimhilda con una altanería sin límites y á la cual ninguno de estos dos personajes estaban acostumbrados. Poco importaban á Lyderico estos desprecios aparentes; pero no á Chrimhilda que doblemente se resentia de ellos, no tanto por lo que ella sufría, cuanto por lo que le parecia sufrir su marido; los insultos llegaron á ser insoportables y resolvió vengarse.

Llegó el domingo, y sin decir nada á su esposo de lo que determinaba hacer, colocó el anillo en su dedo y ciñó la banda que Lyderico se habia encontrado en la estancia de Brunehilda la noche

en que habia tenido que luchar con ella, y encaminándose á la iglesia al mismo tiempo que su cuñada, en el momento de entrar se adelantó, y Brunehilda se detuvo.

—¿Desde cuando, preguntó Brunehilda, la vasalla entra en la iglesia primero que la reina?

—Desde que puedo llevar este anillo y esta banda, contestó Chrimhilda.

Cuando la reina escuchó estas palabras lanzó un grito y cayó desmayada en los brazos de sus camaristas, y Chrimhilda con paso firme y resuelto penetró en la iglesia arrodillándose en el sitio de preferencia; mas en este instante recordó que habia faltado á la promesa que hizo á su esposo y reflexionó con espanto los terribles resultados que podia traer su desobediencia; de suerte, que apenas se terminó el santo sacrificio de la misa, volvió apresurada al palacio y buscando á Lyderico le suplicó que saliera de allí corriendo porque no podia soportar por mas tiempo las frecuentes humillaciones, por las cuales le hacia pasar su orgullosa cuñada. Lyderico que por su parte deseaba poner un término á estas disensiones, fijó su partida para la mañana del siguiente dia, y quiso presentarse á Brunehilda para despedirse de ella; pero la reina se negó á recibirle, y Lyderico tomando este proceder por un nuevo insulto, en vez de esperar al dia venidero, partió aquella misma noche, sin escribirle á Gunther siquiera los motivos que habia tenido en cuenta para tomar semejante resolucion.

Pocos dias despues que Lyderico y Chrimhilda dejaron la capital de Higlanda, Gunther entró en ella gozoso por haber terminado dichosamente las turbulencias que le llamaron hacia el Norte de sus estados: fué su primer diligencia saludar á la reina; mas en vez de encontrarla alegre por su llegada, la vió derramando un torrente de lágrimas y al adelantarse hacia ella para abrazarla, la reina se echó á sus pies pidiendo venganza contra Lyderico.

—¿Qué ha hecho? preguntó Gunther sorprendido.

—Señor, contestó Brunehilda me ha insultado y mas á vos todavía, porque

habiendollegado á su poder no sé de qué manera, la banda y el anillo que vos me dejasteis caer aquella noche fatal, los ha entregado á Chrimhilda diciéndole que era él quien me los había tomado, y ya sabeis que es todo lo contrario, señor, porque vos habeis estado un año entero sin poderme arrancar estos objetos.



Ganther palideció creyendo que Lyderico le había hecho traición, y levantando á su esposa respondió:

—Bien está; ¿pero no habeis hablado de esto á nadie?

—A nadie mas que á vos, señor, dijo Brunchilda.

—Pues bien; continuad siendo tan discreta, prosiguió Lyderico, como hasta aquí, que juro vengar el ultraje que os han hecho.

Y Brunchilda, la orgullosa reina, se levantó casi consolada con la idea de venganza que su esposo Gunther le ofrecía.

Como Gunther era valiente, su pri-

mer pensamiento fué vengarse con valor acusando á Lyderico de desleal, y llamándole á un combate particular; pero como tambien conocía el poder de su antagonista, resolvió antes de entrar en combate con él, tomar todo género de precauciones para salir con el buen éxito que apetecía. La mas urgente de todas las precauciones era la de poseer una armadura á prueba de lanza y espada, y con el objeto de adquirirla se puso en camino una mañana para mandársela fabricar al mismo maestro Mimer.

(Se concluirá.)

HOMBRES CELEBRES.

FRANCISCO ZURBARAN.



A muy corta distancia de Fuente de Cantos, pueblo perteneciente á la provincia de Estremadura, y patria del grande hombre de que vamos á ocuparnos, existe hoy todavía un antiguo caserio, mas respetable por su antigüedad que por las formas de su arquitectura: sin embargo, la grande estension del terreno que ocupa, y la apariencia que tiene de uno de aquellos toscos y fortificados edificios del tiempo del feudalismo, contribuye en gran manera á que le miremos con cierto respeto. En este recinto, pues, vivia en 1606 un vecino propietario, padre de un jóven estudiante, discolo, de maligna intencion y pendenciero. Estudiaba en la universidad de Sevilla, mas cuando llegaba la época de los exámenes solia venir á este aislado caserio á vivir con su padre durante la corta estacion del verano, pero lejos de corregirse con las frecuentes amonestaciones de aquel respetable anciano, se reunia con varios jóvenes atolondrados de Fuente de Cantos para cometer escesos y todo género de travesuras, incomodando al pacífico vecindario, de lo cual quedaba impune por el respeto casi servil que hasta las autoridades del pueblo tenian á don Silverio Luarca, padre de Bernabé, que así se llamaba nuestro calavera en cuestion.

Una mañana que Bernabé salió muy temprano para cazar con algunos camaradas suyos por aquellas cercanias, vió á cierta distancia de su caserio á un niño que representaba unos diez años; que con un sombrero de paja, en mangas de camisa y sentado al pie de un olivo, inclinaba la cabeza sobre un papel que tenia colocado sobre sus rodillas, cuya posicion indicaba que es-

te aplicado jóven dibujaba ó escribia. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba en derredor suyo, acaso con el objeto de observar si alguna de las ovejas que guardaba se habia extraviado. Bernabé deseoso de indagar lo que el rapaz bacia, llamó la atencion de sus compañeros hacia el jóven pastor, y á instancias del estudiante se acercaron al aplicado zagal.

—¿Qué estas haciendo? preguntó Bernabé.

El pastorcillo levantó la cabeza sonriendo, se puso de pie y respetuosamente se quitó su sombrero de paja, poniendo su trabajo en manos de Bernabé.

—Estoy dibujando un campo con árboles y ovejas, dijo el humilde niño con estremada sencillez.

Bernabé, examinando el dibujo del muchacho comenzó á dar estrepitosas carcajadas, y dirigiéndose á sus camaradas proseguia:

—Chicos, chicos; reparad que cosa tan maravillosa y sorprendente, ja, ja, mirad qué árboles, qué ovejas, con mas cabeza que cuerpo....

He aquí el rival de Velazquez.

El niño bajó la cabeza avergonzado, dejando ver en sus tostadas mejillas un subido carmin de púrpura: su vergüenza se aumentó al observar que los demas tambien prorumpieron en carcajadas, y ultimamente no pudiendo contener las emociones de su corazon, prorumpió en un amargo llanto; pero los jóvenes atolondrados en vez de compadecerle redoblaron su burla. Bernabé le preguntó:

—¿Como te llamas? muchacho.

—Francisco Zurbaran, respondió sollozando el pastorcillo.

—Pues mira, prosiguió Bernabé, continua y no desmayes, que Dios te ha iluminado; y por el presente diseño nadie puede dudar si no que llegarás á

ser pintor de cámara del rey Felipe III.

Los jóvenes se ausentaron después de haber vuelto á depositar en manos de Zurbaran el emborronado papel, el cual se quedó mirando con tanta atención como tristeza, humedeciéndole al mismo tiempo con sus propias lágrimas.

De vuelta á su casa á la caída de la tarde, conoció el padre de Zurbaran que algun pesar le afligia, é interrogándole con estremada solícitud, el niño no pudo menos de referir cuanto le habia pasado; pero el anciano labrador le consoló diciendo:

—Hijo mío, desprecia la altanería de ese joven disipado; todo el pueblo le conoce y le reputa por un hombre de réprobas costumbres, y á ti por un niño virtuoso; y por eso no dejes de pasar el tiempo, en tanto que guardas tus ovejas, bien leyendo, ó bien dibujando segun te acomode.

El cura del pueblo, que encantado de las virtuosas costumbres del anciano trabajador, no se desdeñaba en visitarle de vez en cuando, habiendo llegado á conocer la escesiva afición de su hijo Francisco al dibujo, creyó conveniente satisfacer sus buenos deseos, y como el espresado párroco tuviese algunas nociones generales en el arte de la pintura y conservase varios diseños de dibujo de los que habia copiado en su juventud, dió al joven Zurbaran la tarea de copiarle todos aquellos trozos que conservaba, con cuyos principios nuestro aplicado pastor, tuvo ocasion bien pronto hasta de inventar asuntos que desempeñaba con extraordinaria perfección, cuyas estampas distribuía entre sus amigos de la escuela. Bernabé, que tan inhumanamente se habia burlado de sus primeros trabajos, por su desgracia conoció al poco tiempo lo mal que habia hecho en mofarse del humilde dibujante, porque un incidente desagradable le dió una prueba fatal del precoz ingenio del que guardaba ovejas.

Cierto amigo de Bernabé resentido por un ultrage que del mismo recibió, deseando vengar la injuria, llamó al discípulo del cura y le mandó pintar una caricatura, representando una es-

cena de costumbres bastante ridícula, que habiendo sido bien desempeñada por nuestro hábil principiante dió mucho que reir en todo el pueblo. Al pié de la estampa habia un renglon que decia. *El enamorado Bernabé Luarca*, escrito de puño y letra del resentido camarada. Bernabé al verse puesto en ridiculo, no sabiendo quien era el autor del pensamiento, conoció la diestra mano que con tanto chiste le habia desempeñado, y sobre este desgraciado quiso que recayese el peso de su furia. Con tan siniestro fin entró en la morada del honrado labriego, padre de Zurbaran, á quien altaneramente manifestó su resentimiento.

—Quiero ver á vuestro hijo, decia al anciano.

—Mi hijo no está en casa, pero aun cuando estuviera sabria, como padre, ponerle á salvo de vuestra furia.

—Vuestro hijo me ha puesto en ridiculo.

—Mi hijo ha pintado lo que le han mandaron pintar; ignoraba que fuese un asunto dirigido á vos.... el inocente es incapaz de ofender á nadie.

—Viejo miserable, respondió encolerizado Bernabé, si no me delatas al autor del pensamiento te parto la cabeza.

—Caballero, no sé quien haya sido el autor del pensamiento.

—¿Tambien lo niegas?... Pues toma. Y levantando el baston que llevaba en la mano, descargó un fuerte golpe sobre la encanecida cabeza del honrado labrador, el cual cayó en el suelo con el rostro bañado en su propia sangre.

A los gritos de *socorro* que dió el anciano, acudió presurosa la vecindad, y en tanto que curaban al herido, el corregidor y algunos dependientes de justicia, se dirigieron al caserío de Luarca en busca del agresor; pero vana diligencia, aunque el padre del estudiante conocia los errores de su hijo obró como padre, y antes que la justicia llegara, ya estaba el joven puesto á salvo del riesgo que corría.

A la caída de la tarde, como tenia de costumbre, entró el joven Francisco Zurbaran en su casa deseoso de coger el lapiz y los dibujos para dar en casa

del cura su leccion; pero cuál sería su sorpresa al encontrar á su anciano padre tendido en su pobre lecho, con la cabeza vendada y recibiendo los prolijos cuidados y auxilios de algunos benéficos vecinos.

—¿Qué le ha sucedido á mi padre? preguntó Francisco acercándose al lecho con el corazón traspasado de dolor.

Las personas que allí estaban reunidas refirieron el suceso, á cuya narracion prestó el jóven Zurbaran una gran atencion, observándose en su semblante la mas repentina transicion; es decir, la fisonomia que antes espresaba sentimiento de dolor, de repente apareció con un aire inconcebible de indignacion. Zurbaran por primera vez, sintió y concibió la idea de la venganza..... Pero era tan niño el ultrajado, tan débil todavia, tan poderoso su enemigo en todos conceptos... ¿Se vengará? ¿No se vengará? No pasará mucho tiempo sin que lo sepamos.

Algunos meses despues el padre de Zurbaran sanó de su herida en la cabeza: relativamente á Bernabé, nada se supo despues, sino que viajaba por paises estrangeros, por lo cual el jóven Francisco perdía con sentimiento sus ardientes esperanzas de vengarse. El párroco del pueblo que progresivamente veía los adelantos de su humilde discípulo, aconsejó á su padre que pusiera los medios para que emprendiese esta carrera; pero el anciano manifestó su falta de recursos para ello, máxime cuando su hijo subvenía á los gastos de la casa con el mezquino jornal que ganaba guardando ganado; pero el cura que tenía un secreto presentimiento de lo que su jóven educando podia ser en algun tiempo, se comprometió desde aquel instante en sostener al anciano, si consentia que Francisco fuese á Sevilla al taller de un pintor amigo suyo. Accedió el labriego á esta última proposicion, y Francisco despues de haber recibido la bendicion de su padre, emprendió su marcha para Sevilla con una carta de recomendacion del cura dirigida á Juan de las Roelas, limitado artista de aquella época; pero que tenía una brillante academia y un considerable número de discípulos. Este media-

no artista recibió con afabilidad al recomendado de su amigo: Zurbaran fué en un principio en la academia de Roelas, una especie de aprendiz, encargado de barrer el taller, de quitar el polvo á los cuadros, de hacer todos los mandados de la casa, y de conducir á sus dueños la obra que mandaban hacer á su maestro; á este precio compraba el pobre niño, no las lecciones, sino el mezquino sustento que recibía de Roelas; pero tambien es cierto que hubo una época en que el tal Roelas no pudo menos que mirar á Francisco con particular atencion, porque habiéndole mandado hacer cierto género de trabajo, comprendió el gran talento de Zurbaran. Desde entonces le consideró, y al cabo de poco tiempo llegó Zurbaran á hacer mejores cuadros que su mismo maestro.

Por último llegó el caso en que nuestro jóven pintor se emancipó de Roelas y trabajó segun sus inspiraciones, y á los veinte años de su edad ya era el mas hábil pintor de Sevilla. Pintó varios cuadros que llamaron la atencion de los inteligentes por el grande mérito que los distinguían, en cuya época comenzaron la envidia y rivalidad, lo cual desazonó bastante al jóven estremo y tuvo intenciones de renunciar á su profesion. El mismo dia que recibió de sus émulos un desengaño fatal, hijo tambien de la envidia, tuvo una carta de fuente de Cantos, en la que le anunciaban que su anciano padre se hallaba enfermo de gravedad, cuya noticia le entristeció de tal manera, que junta esta incidencia con el agravio que habia recibido de los profesores de su mismo arte, formó la resolucion de acompañar á su padre hasta que espirase, y de continuar oscurecido en el rincón del pueblo que le vió nacer.

Emprendió, pues, su proyectado viaje nuestro jóven artista y al cabo de algunos dias llegó á su patria; mas un golpe fatal le estaba reservado: era la madrugada cuando se apeó del caballo para dejarle en una posada: corre en seguida, á la casa paterna; llama, pero inutilmente, porque nadie le respondia: vuelve á llamar, á tiempo que una ronda pasaba, y piensa del siguiente modo:

—Mi padre estaba enfermo de grave-

dad; pero dos buenas mugeres le asistian. ¿Cómo es que duermen y no oyen llamar á la puerta?

La ronda se aproxima á reconocerle.

—¿A quién buskais? preguntóle un alguacil.

—A mi padre.

—¿Quién sois?

—Pregunta estraña por cierto; soy el hijo de Zurbaran.

—¡Ah! es Curro; ¡grita el alguacil: el que se fué á Sevilla á pintar ¡Cáscaras!



y cómo ha crecido, y qué majo que viene; con bigote, pluma en el sombrero, gaban y espada.

—Basta, interrumpió Zurbaran....

¿por qué no me abrirán?

—¿Quién ha de abriros, desgraciado?

—¡Cómo!... ¿Y mi padre?

—Rogad á Dios por su alma.

Zurbaran lanzó un grito de dolor y cayó contra la misma puerta donde llamaba. Los agentes de justicia acudieron en su socorro llevándole al instante á la casa mas inmediata que encontraron, en la cual permaneció hasta el amanecer del día venidero, que pasó al domicilio del cura que tanto le había favorecido en su primera juven-

tud, y á quien por consiguiente debía sus adelantos en el divino arte de la pintura. Allí supo Zurbaran los pormenores de cuanto su padre había dejado dispuesto en sus últimos instantes. Después que el afligido artista hizo en obsequio á la memoria de su difunto padre los mas pomposos funerales, se preparó á vivir en la tranquilidad de este retiro; mas no pudo realizarlo, porque una comision de las personas de mas categoria de Sevilla vino á suplicarle que volviese á la deliciosa capital en que había tenido su primera escuela; y aun cuando en un principio se opuso, no le fué posible al cabo, resistir á tan repetidas instancias, y al mes y medio daba principio en Sevilla al famoso cua-

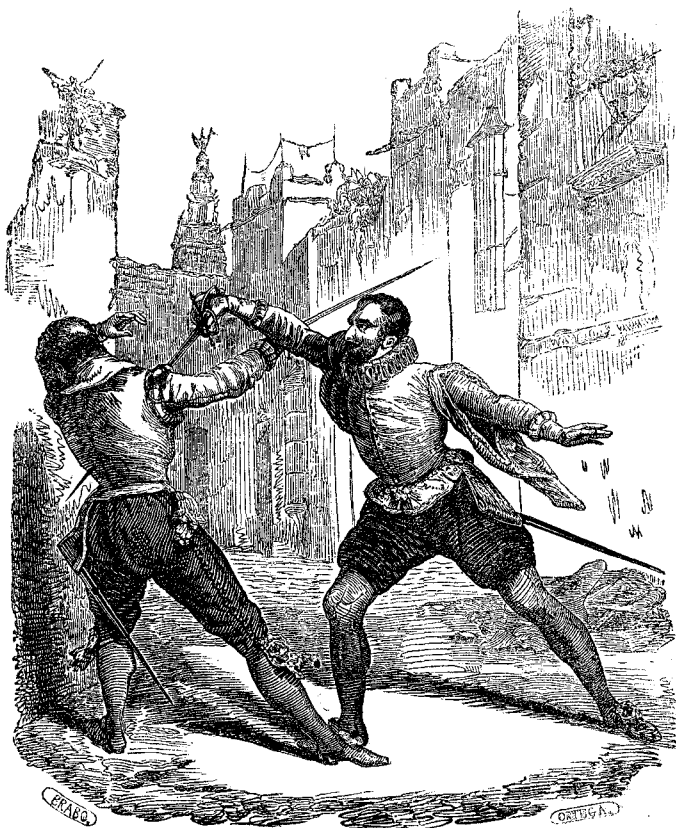
dro de los *Misioneros mártires en las Indias Occidentales*.

El singular talento de este aventajado pintor, llegó á noticia del rey Felipe III, el que habiendo visto despues algunas de sus obras, le nombró pintor de cámara. Al pie de su cuadro de la *Adoracion de los pastores*, que existe en Louvre se lee el siguiente renglon: *Franco de Zurbaran, Philippi III regis pictor, faciebat*. Fué llamado á la corte por el mismo monarca, y á tan particular distincion no pudo menos que acceder; mas antes de emprender su

viage, á las doce de una noche, venia por las gradas de la catedral; y al llegar al sitio que hoy se denomina, *Punta del Diamante* vió á dos hombres que dándose las manos se despedían, y oyó que dijo uno.

—A Dios, Luarca, ¡hasta mañana.

Al nombre de Luarca, se estremeció Zurbaran: un fatal recuerdo despertó en su alma el instinto de una noble venganza, y siguió precipitado las huellas de aquel á quien habian nombrado Luarca, y le detuvo en la plazuela de Placentines.



- Caballero, dispensad.
- ¿Qué disponeis? repuso el llamado.
- Perdonad mi curiosidad. Os he

oído llamar Luarca, y desearia saber si sois el que sospecho. ¿Cuál es vuestra patria, caballero?

—Fuente de Cantos.

—¿Vuestro padre se llamaba?...

—Silverio....

—Entonces, sois el mismo. ¿Os acordais, señor de Luarca, de un zagalillo llamado Zurbaran á quien en cierta ocasion visteis dibujar al pie de un árbol?

—Me acuerdo.

—Ese pobre niño tenia un padre anciano, á quien vos, cobarde, disteis un bastonazo en la cabeza.

—¿Sois vos su hijo?

—Sí, el niño de quien os mofasteis, que ha crecido, que es ya pintor de cámara como burlonamente le vaticinasteis; que tiene una espada como vos, y cree llegada la ocasion de vengar el ultrage que hicisteis á su anciano padre.

—¿Un duelo?

—Sí, desnudad la espada, y preparaos á reñir, y veamos si sois tan valiente con el hijo como lo fuisteis con su indefenso y anciano padre.

Por último, Luarca y Zurbaran cruzaron las espadas, siendo el segundo mas afortunado en la lucha que el primero, porque atravesó de una estocada al odioso caballero de Fuente de Cantos.

—Ya pagaste lo que me debiais, dijo el artista al verle tendido en el suelo y pidiendo confesion.

Zurbaran siguió con paso algo mas que precipitado por la calle de Francos, giró despues á la izquierda, y penetró por el sitio que llamaban Arco de Chapineros, y observando á dos señoras, que acompañadas de un anciano y dos criados llamaban á una puerta se detuvo, y en su aturdimiento, confesó al caballero anciano cuanto acababa de sucederle.

—¿Fué bueno á bueno la muerte? preguntó el anciano con dignidad.

—Ambas espadas se cruzaron: el cielo me hizo justicia.... he dado muerte al que pudo ser asesino de mi padre.

—¿Cómo os llamais?

—Francisco Zurbaran.

Un criado habia ya abierto la puerta, el anciano dijo á Zurbaran que entrara desde luego en la casa que gustosamente le seria hospitalaria.

Quince dias estuvo en ella oculto el distinguido pintor, durante los cua-

les hizo el retrato de una de las hijas de este caballero, llamada doña Leonor de Jordera, de la que se apasionó en tales términos, que hubiera querido durase mas tiempo su persecucion para jamás salir de una cárcel que tan grata le parecia.

El rey Felipe, tuvo noticias de este desagradable suceso, y encontrando justicia por parte de Zurbaran, á fin de no quebrantar las leyes que en aquella época regian relativamente á los duelos, influyó de modo, que el castigo impuesto á Zurbaran fué vivir por espacio de algunos meses encerrado en el convento de capuchinos de Sevilla.

Zurbaran pasó desde la casa de Jordera al mencionado claustro. Una tarde, cuando acabó de comer, vino un lego á quitar el servicio de la mesa: Zurbaran cogió el mantel y le colocó sobre una silla, diciendo al lego que no se lo llevara.

—¿Padre, dijo el lego al prior pocos minutos despues, creo que nuestro preso se ha vuelto loco.

—¿Por qué?

—A tiempo que le quitaba el servicio de la mesa se ha quedado con el mantel.... ¿Ha visto su reverencia, que mania tan estraña?

Lo mismo el prior que el lego no pudieron comprender el enigma hasta despues de algun tiempo. Cuando Zurbaran fué declarado en libertad, llamó al padre prior y á la comunidad, y despues que á todos hizo presente su reconocimiento por los distinguidos favores que le habian dispensado, añadió:

—Como prueba de mi agradecimiento, ahí dejo esa pastora que he pintado sobre el mantel que un dia me pusieron en la mesa donde comí.

Ya está comprendido el enigma. Zurbaran no estaba loco, sino que quiso dejar al convento una memoria tan ingeniosa cuanto delicada. La primer diligencia de Zurbaran al salir de su clausura, fué pedir la mano de doña Leonor de Jordera, la que al punto le fué concedida. Pasó á Madrid con su esposa, y en esta coronada villa vivió tranquilo y considerado.

Por parte de Felipe IV obtuvo Zurbaran iguales distinciones. Una ocasion en que pintaba un cuadro en el palacio, habiéndole terminado, ponía á espaldas del lienzo. «*Francisco Zurbaran, pintor del rey....*» El monarca que habia entrado de puntillas, colocándose detras le dijo:

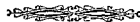
—Añade, y rey de los pintores.

Este grande artista, murió en Madrid el año de 1662, á la edad de 64 años. El número de sus cuadros es infinito; pero los mas notables son: *Los Misioneros mártires de las Indias Occidentales*; *la adoracion de los pastores*; *la*

Judith, y *San Francisco haciendo oracion*. Pero su obra predilecta, es un *Santo Tomas*, que hace pocos años fué estraído de la catedral de Sevilla para colocarle en el Museo de pinturas de la misma ciudad. Este pintor no imitó á ninguno; no conoció otras pinturas italianas ni flamencas que las que Velazquez pudo trasportar á España, por lo que si existe una escuela que se llama Sevillana, Zurbaran debe ser considerado como gefe de ella, al lado de Murillo.

Y. A. BERMEJO.

LA INOCENCIA ERRANTE Y COMBATIDA.



NOVELA ESPAÑOLA.

II.

Han transcurrido dos años: durante este tiempo la madre de Dorotea ha tenido el consuelo de morir al lado de aquellas personas que tan sincero y desinteresado afecto le manifestaban. Marina, cuenta dos años mas, y cada dia aparece mas bonita é interesante á los ojos de todo el mundo: la esposa del militar se ha restablecido completamente de sus dolencias, y deposita su maternal cariño entre Marina y Emilio, dichoso fruto de año y medio, y al cual Doroteo deseaba ver, porque habiendo tenido que marchar en clase de teniente de caballería á las provincias Vascongadas, dió á su hijo el ósculo de despedida cuando apenas contaba siete meses. Remigio sigue aumentando sus riquezas con dolosos tráficos y usuras, permaneciendo tan inflexible como siempre en no socorrer al necesitado; pero la familia de nuestro militar, si bien es cierto que no poseia grandes bienes, tambien es verdad que contaba con lo necesario, para no recurrir en demanda de los au-

xilios de aquel tirano y avaro pariente, porque estando Doroteo en actual servicio, y no dejando de ser afortunado en sus empresas militares fácilmente se concibe, que el militar de caballería cumpliría con su deber como buen esposo y padre de familia.

Pero ¡ay! que esta mediana felicidad tuvo su término, porque la desgracia sedienta siempre de nuevas víctimas, acude indistintamente á la parte donde menos se la espera, y lo mismo allana la casa del honrado que la del criminal.

Era, pues, una mañana en la que la esposa de nuestro militar sostenia dulcemente sobre sus rodillas á Emilio, y Marina al lado de su madre hacia una labor, y de vez en cuando interrumpia su tarea para imitar á su madre respectivamente á los alhagos, que al niño prodigaba. En este instante resuenan por las calles las voces de una infinidad de ciegos que pregonan el último parte que se ha recibido de las provincias Vascongadas, de una accion que han dado las tropas de la reina junto á Berredo, y en la que ha tomado gran parte

el regimiento de caballería titulado Lanceros de la guardia real.

—¡El regimiento de mi marido! esclama la esposa sobresaltada.

El parte se compró; leyólo la niña, y entre otras cosas oyó su impaciente y agitada madre estas siniestras frases:

«Entre los oficiales de la reina que han muerto durante la refriega, se cuenta al bizarro capitán de caballería, don Doroteo de Zúñiga....»

La lectura no pudo continuarse, porque un grito simultáneo de la madre y la hija, la interrumpió.

La esposa cayó al suelo accidentada con su niño, el que no se hizo el menor daño, porque afortunadamente quedó tendido sobre el seno de la desconsolada Ursula; Marina aturdida, y, sollozando, cogió á su hermanito, llamó á la criada, y entre todos procuraron volver en sí á la desmayada; pero desde aquel momento, tuvo precision de buscar en el lecho alivio á su nueva indisposicion. Por espacio de muchos dias en aquella casa no se hacia mas que llorar; porque la desventurada esposa haciendo las mas prolijas indagaciones con referencia á tan desgraciado suceso, solo obtenia noticias que le confirmaban.

Procuramos abreviar este cuadro de tristeza y desolacion, sin detenernos en hacer minuciosos detalles relativamente á la posicion que volvió á tomar la morada de esta pobre y virtuosa familia. Baste decir, que sin recursos de ninguna especie, tuvo que despedir á la humilde criada que tenian, y que la pobre Ursula no volvió á levantarse de la cama, siendo Marina la que se encontraba á la edad de poco mas de diez años dirigiendo el manejo de la casa, cuidando á su enferma madre y á su hermano, y para proporcionarles el diario sustento, trabajaba dia y noche, en aquellas labores propias de su edad y de su sexo; pero era tan poco lo que producía, que con el tiempo llegaron á carecer aun de lo mas necesario para subsistir. Todo cuanto mejor habia en la casa tuvo que empeñarse ó venderse, porque raramente recurrían al avaro Remigio, quien desde que recibió la noticia de la muerte de su her-

mano, aumentó su regocijo y conoció que con mas impunidad podia maltratar á sus parientes en caso que le hostigasen demasiado.

Ursula al fin fué desgraciadamente víctima de sus dolencias.... al año de la fatal nueva espiró entre los brazos de sus hijos.

Pobrecitos huérfanos, ¿qué harán? Ya no queda otro medio que recurrir al tío Remigio; pero este mas implacable que nunca echó violentamente á sus sobrinos de su casa.

—¡A trabajar! decia; á la edad de once años ya estaba yo ganando y juntando mi pacotilla.

Ultimamente, la justicia tuvo que intervenir, la cual obligó al avaro á que pensionase á sus sobrinos, ó bien que los recogiese, y por mas que le fué sensible, y aunque hallaba razones para recurrir á los tribunales, negándose á aceptar, ya porque temiera el *qué diran* de las gentes, ó bien porque meditase nuevos planes, dió en su casa asilo á sus sobrinos.

Durante el espacio de un mes, Remigio manifestó á los niños una estrechada afabilidad, cuya inesperada y repentina transicion no pudieron interpretar aquellos inocentes. Una mañana se aproximó Remigio á los huérfanos, y les habló en los términos siguientes:

—Vamos, venid, hijos míos, que voy á llevaros á mi hacienda.... si, la que tengo cerca de Torrejon.

¡Qué alegría tan grande espermentaron estas cándidas criaturas! Emilio que ya corría y balbuceaba algunas palabras, daba brincos de contento y batía las palmas, porque iba en un coche á ver las flores del campo; y con efecto á la media hora paró una tartana, en la cual entraron Remigio y sus dos sobrinos. A la caída de la tarde llegaron á la hacienda mencionada, á cuya puerta estaba un viejo que tendria unos ochenta años: Remigio bajó de la tartana y tomando luego á los niños los puso en tierra; dirigiéndose despues al criado y le preguntó:

—¿Está preparada la sala de descanso?

—Si señor, y la mesa puesta.

El conductor del carruage entregó despues al avaro una cestita, un portavianda y una botella, y se despidió hasta el día siguiente por la mañana; mas situémonos desde luego en la pieza de descanso, donde hay una mesa cubierta con un mantel y sobre esta platos y cubiertos.

—Niños, dijo el avaro, ¿vamos á merendar?

—Cuando vd. guste, respondió Marina.

—Vá oscureciendo, y ya es preciso que tengais hambre.

Se sentaron, pues, á la mesa, y Remigio distribuyó entre los huérfanos, los manjares que la cesta y el portavianda contenian, y ambos niños comenzaron á comer.

—¿Vd. no come, tío? pregunto Marina.

—No tengo apetito, repuso el avaro; no quiero tampoco quebrantar mi método establecido: hasta mas entrada la noche no tomaré nada.

En seguida cogió la botella, y llenó dos copas con el liquido que contenia.

—Vamos, dijo á sus sobrinos, bebed esta copita de moscatel.... es un vino muy dulcecito.

El inocente Emilio fué el primero que bebió.

—¡Jajajai! ¡Qué mueno! dijo el niño relamiéndose los labios.

Y Marina tambien bebió.

Cuando concluyeron de merendar, comenzaba la noche, y la luna en su mas luciente esplendor aparecia como la reina del firmamento, derramando su resplandeciente claridad por el grande espacio de la tierra.

—¡Qué noche tan hermosa de verano! dijo Remigio, ¿os parece que demos un paseito por la floresta?

No deseaban otra cosa los sobrinos y accedieron gustosos á tan agradable proyecto. Remigio asió de la mano á los dos huérfanos y en esta disposicion los condujo á gran distancia del caserio, hasta que últimamente los introdujo en un bosque cubierto de malezas, y cuyo silencio era interrumpido de vez en cuando por las cándidas preguntas que alternativamente hacian á su tío

aquellas inocentes victimas de la crueldad mas inusitada. Poco mas de una hora habia transcurrido cuando Marina cayó de repente al suelo abismada en un profundo letargo, lo cual visto por el usurero exclamó con acento complacido:

—El moscatel ha hecho su efecto.

Emilio quedó sorprendido y atónito á vista de lo que acababa de sucederle á su hermana; pero bien poco le duró este asombro, porque á los cortos instantes fué presa del mismo letargo que esperimentó Marina. Remigio tomó en brazos á las dos criaturas, y acercándose con ellas á una piedra situada en uno de los rincones del bosque, las puso en el suelo y él se sentó en la mencionada piedra con la vista fija en estos dos objetos narcotizados, y mirándolos decia:

—Si Lauro, el presidiario, cumple lo prometido, ya quedo libre para siempre de parientes: siendo yo el mas feliz de todos, es decir el que poseo mas riquezas, por momentos me estariáis deseando la muerte, con el fin de heredarne, y acaso un día seria asesinado villanamente por vosotros.

Reflexiones naturales en los malvados que ven en sus semejantes el reflejo de sus maléficos instintos. Poco tiempo despues se oyó un ruido de pasos de un hombre que caminaba por entre aquel espeso matorral, y alzando la vista el avaro se halló de frente á un nombre cuyo aspecto horrorizaba. Alto, delgado, muy moreno, barba larga y espesa, vestia pantalón blanco, una chaqueta remendada, llevaba una manta al hombro, un palo en la mano, y atado á su cabeza un pañuelo de cuadros.

—Adios, Lauro... me alegro ver que has cumplido tu palabra.

—Bien ¿qué hay que hacer?

—¿Ves á estos dos rapaces?

—Los veo.

—Están narcotizados.... es decir viven y no viven: es preciso que abras un hoyo y los entierres... Toma, prosiguió poniendo una moneda en las manos del presidiario.

Lauro miró lo que le daban y exclamó:

—Diez y seis duros por enterrar á

dos muchachos; menos trabajo me costaría arrojarlos por un despeñadero.

—Podrían aparecer, me imputarían el crimen.

—Poco dinero me dá vd., don Remigio; no sea vd. miserable.

—¿Y te puedes quejar? No te proporciono en mi caserio una guarida donde te pongo á salvo de las pesquistas de la justicia? ¿No robas impunemente cuanto quieres sin que jamás te delate?

—Vamos, que tambien no deja vd. de ocuparme de vez en cuando... pero en fin, vaya vd. con Dios que los chicos serán enterrados dentro de un cuarto de hora.

Y cogiendo á los narcotizados, los envolvió en la manta, y Remigio y el bandido tomaron opuestas direcciones; pero sigamos á este último que se lleva envueltos en su mugrienta manta los preciosos objetos que mas nos interesan, y dejemos al avaro que de retorno al caserio vaya fingiendo una amarga desolacion, y contando á todo el mundo que unos ladrones le habian robado los niños en la espesura del bosque.

Lauro llegó á un parage solitario y echó al suelo su carga, y largo rato la estuvo contemplando.

—Esto no lo puedo hacer yo; soy capaz de los crímenes mas atroces; pero es de hombre á hombre. ¿Qué daño han podido hacer en el mundo estos dos chiquillos?... Tal vez cuando fuesen grandes me lo harían; pero esa época no ha llegado todavía. Ahí se quedan... yo nos los entierro.

Y tirando con violencia de su manta, abandonó á las criaturitas y desapareció.

En esta disposicion permanecieron Marina y Emilio, espuestos á ser devorados por las fieras, hasta que los primeros rayos del sol comenzaron á bañar la tierra, siendo Emilio el primero que volvió en sí de su letargo, y al verse tendido en el suelo y en el campo y al lado de su hermano, se sentó, y oyendo el dulce y armonioso canto de los pájaros no dejó de experimentar una especie de gozo al contemplarse en una region enteramente desconocida.

El primer impulso del niño fué despertar á su hermana, á la que reputaba dormida, y empujándola suavemente la llamaba diciendo:

—Hermana, hermanita... depieta y oyerá los pipí...

Y viendo que Marina no respondia, se puso de pie y empezó á llamar á su tio Remigio; pero éste tampoco respondia. A la edad de este inocente es desconocido todo género de peligros, y en el seno de la desgracia se halla á veces la felicidad; así que Emilio reunió unas cuantas piedras é internándose en la mayor espesura del bosque comenzó á tirarlas en distintas direcciones y á dar saltos por entre los huecos que dejaba el apiñado y áspero ramaje; mas en tanto que Emilio pasa su tiempo en este género de diversion, Marina, volvió tambien á su estado normal, y unos cinco minutos despues que abrió los ojos estuvo sentada en la tierra, y mirando á todos lados como queriendo indagar el origen de su estraña posicion. De pronto se levanta y comienza á gritar como una delirante, á cuyas desentonadas voces acude Emilio montado en una vara que halló, y al ver á su hermana en aquel estado de desolacion se asusta y prorrumpe tambien en un amargo llanto.

—¿Y tio Remigio, donde está? preguntó Marina.

Mas Emilio ahogado con sus sollozos no podia contestar. Marina abrazó á su hermano y le consoló, lo cual consiguió á poco trabajo, y recorriendo con su hermano aquel confuso laberinto á nadie encontraba. Por fin Marina se postró de rodillas, y cruzando sus manos fijó la vista en el cielo y se puso á rezar; Emilio que esto observó quiso hacer lo que veía, y postrándose tambien cruzó sus manecitas, y ora miraba al cielo, ora á su hermana.

—¿A quién, le está tú hablando, hermanita? preguntó Emilio con candidez.

—A Dios, hijo mio.

—¿Aonde eta? yo no lo veo.

Y dirigia su vista á donde su hermana la fijaba.

A este tiempo se oyó un ruido por entre las matas y los dos inocentes volvieron la cara y vieron aparecer un

perro perdiguero que al punto comenzó á ladrar: Emilio asustado se abrazó á Marina, pero esta llamó al animal procurando acariciarle; mas el perro por eso no cesaba de ladrar. El amo del perdiguero al oír sus ladridos creyó que le anunciaba caza y tomando la escopeta acudió al sitio en que ladraba, y quedó sorprendido al ver la extraña caza que se le presentaba.

El caminante despues de haber hecho á los niños las preguntas que eran consiguientes, los condujo al camino, y mostró á sus compañeros de viage que eran un cura y un gallego, criado de este último, la caza que habia encontrado.

Marina refirió todo aquello de que se acordaba, y dió las señas mas exactas, relativamente al nombre y apellido de su tío y el parage donde vivia en Madrid; pero cuando esta buena gente se disponia á conducirla con su hermano á casa de su tío, aquella por una especie de instinto ó inspiracion inespliable, rogaba de rodillas quenola llevarsen con su tío, y que por Dios la recogieran. Entonces el cura queriendo profundizar mas este misterio, consoló á Marina diciéndola que no tuviese cuidado, pues no volveria á la casa de su tío, sino que iria á la suya, de lo cual Marina se alegró sobre manera.

Este eclesiástico era el diácono de Aguilar, pueblo situado en las inmediaciones de Navarra, á donde llevó estos dos inocentes prodigándoles todo género de cuidados.

Despues que pasaron algunos dias á la llegada del cura á su casa, llamó á Marina y con la mayor dulzura pidió estensas esplicaciones acerca de su familia, y la interperlada satisfizo al benéfico eclesiástico del modo mas satisfactorio, pero deseando todavía enterarse mas del asunto, mandó un comisionado á Madrid á fin de que buscasse á don Remigio de Zúñiga, y le dijese en poder de quien estaban sus sobrinos; pero cuando el comisionado estuvo de vuelta manifestó que el tal caballero, hacia poco tiempo que habia levantado la casa y partido para Holanda. El cura en vista de todo esto no tuvo otro remedio que constituirse en

padre y protector de aquellos desgraciados.

La benéfica mano de la Providencia siempre vela por los infortunados: Marina, en consecuencia de los extremos y cuidados que el eclesiástico prodigaba á ella y su hermano, tuvo motivos de alegrarse cada dia mas de la obstinacion que tuvo en cierta época de no volver á la morada de su tío. Llegó á cumplir los catorce años y fué la zagala mas esperta y hermosa del pueblo, cuyos habitantes no hacian mas que admirar sus virtudes.

Por este tiempo la guerra civil habia esparcido su siniestro influjo por aquellas cercanias, y el pueblo de Aguilar fué ocupado por los carlistas, pero al poco tiempo, una columna de tropas de la reina, mandada por un brigadier de reconocida fama, habia sitiado aquel punto dentro del cual los antagonistas le defendian. Al fin tuvieron que ceder y dejar la poblacion á merced de los sitiadores, y cuando la columna vencedora se preparaba á entrar, todo era en el pueblo aturdimiento y confusion.

El cura temiendo los desmanes consiguientes á una tropa irritada con la resistencia de sus enemigos, quiso poner á salvo sus mas preciados objetos, y escondió en una oculta habitacion á la hermosa Marina. La música militar sonaba ya en las calles de Aguilar, y Emilio que era estremadamente afecto á la milicia, corrió al balcon para ver pasar á los soldados.

—¿Qué haces, hijo mio? decia el párroco ¿Quieres perderme? Entra dentro.

—No quiero, respondia; á mí no me hacen nada los soldados.

—Yo te mando que entres.

Y el niño, asido á los hierros del balcon desobedecia con la mayor tenacidad. ¡Ay! algun ángel le inspiraba semejante obstinacion.... Prosigamos. El cura viendo el poco fruto de sus repetidas amonestaciones cede y le deja, y la tropa en este instante pasa ya por delante del balcon, y Emilio con cabeza, pies y manos llevaba el compás de los tambores. Pasa la infanteria, y detrás viene un escuadron de lanceros, al frente del cual se veia á un capitán

cabalgando un brioso corcel que maneja con destreza y donaire.

—¡La caballería! grita Emilio, ¡qué bonita, cuánta bandera, cuánto plumero!.... Señor general, grita dirigiéndose al capitán que venía delante; señor general, entre vd. en mi casa.

El capitán alzó la cara, y una dulce sonrisa se pintó en su fisonomía. La tropa acabó de pasar, el niño entró en la sala y al punto fué reconvenido por el cura.... Pasada una media hora tres oficiales de caballería saludaban al eclesiástico, entre los cuales venía el capitán á quien Emilio había saludado desde el balcón.

—¿Vienen vds. alojados, señores? preguntó el cura con amabilidad.

—Si señor, repuso el capitán, y yo precisamente he pedido este alojamiento, porque vi en el balcón un pequeño que me llamaba, dándome el grado de general.... ¿Es este picaruncillo? prosiguió tomándole en brazos.

—Sí, respondió Emilio; yo, porque me gusta mucho su sombrero de vd. con oro y plumas.

Emilio se puso en el suelo, pidió el morrion al capitán, se colgó el sable, que apenas podía sostener, y empezó á recorrer la sala ceñido con estos arreos. Los oficiales, quisieron comer, se puso la mesa, y dispuesto todo se sentaron; el capitán llamó al niño y poniéndole sobre sus rodillas le dió varias fincitas de aquello que comía.

—¿Cómo te llamas? le preguntó.

—Me llamo Emilio, para lo que vd. guste mandar.

El capitán se estremeció, y dejó caer una lágrima sobre la servilleta. El cura entonces se aproximó á la mesa, y preguntó al militar:

—¿Por qué se ha enternecido vd?

—Porque yo debía tener un hijo de esta edad y de su mismo nombre.

—¿Cómo le habeis perdido?

—Señor cura, es largo de contar; pero en cuatro palabras procuraré decirlo todo. Cuando salí á campaña, dejé en Madrid á mi esposa con una niña de ocho años, llamada Marina, y á un niño de siete meses llamado Emilio. En una refriega que tuvimos con los enemigos, caí herido, y prisionero; me condujeron

al hospital de Morella, y por espacio de muchos meses, fui presa, de resultados de mis padecimientos, de una indisposición mental, que me trastornó la razón. Cuando volví á mi cabal juicio, fui cangaeado, pedí noticia de mi familia, y supe lo siguiente: que los papeles públicos, me habían creído muerto en campaña, que mi esposa falleció á los pocos meses de resultados del sentimiento, que mis hijos pasaron á poder de un hermano mío, al cual les quitaron unos bandidos...

Aquí llegaba el capitán cuando los gritos de una joven resonaron en lomas interior de la casa, y á poco rato apareció esta misma en la sala, perseguida por un oficial que poco antes se había levantado de la mesa.

—Hé aquí, dijo el subalterno lo que el cura tenía escondido.

—¡Socorro! dijo Marina arrojándose á los pies de Doroteo, castiguese á ese atrevido militar.... Pero ¿qué veo?... ¿A quién estoy pidiendo favor? ¿Cómo se llama vd., caballero?

—¿Y vd. como se llama, señorita? dijo el capitán poniéndose de pie con Emilio entre los brazos.

El cura se interpuso y dijo:

—Abraze vd. á sus hijos, señor capitán.

Este dió un grito y apretó contra su seno á aquellos dos objetos, en cuya posición permaneció por espacio de mucho tiempo.

¿Qué mas podemos añadir? Doroteo tuvo que marchar al siguiente día, pero sin ignorar el paradero de sus hijos. Al cabo de algun tiempo supo que su hermano Remigio había perdido todas sus riquezas, que se había vuelto loco y que andaba errante de pueblo en pueblo pidiendo limosna. Un día que se encontraba en las inmediaciones de Bilbao, advirtió desde una altura que un hombre sin sombrero, calvo y ciñendo una blusa, huía de una porción de chiquillos que le apedreaban, y el instinto natural que le conducía siempre á hacer el bien, le obligó á correr, en compañía de un labriego, en socorro de aquel desgraciado. Cuando llegó á él le encontró herido de una pedrada en la cabeza; pero ¡cuál fué su espanto!

to al conocer á su hermano Remigio!
—¡Desgraciado! le dijo, bien pagas
ahora todo el daño que has hecho du-
rante tu vida; pero las almas grandes

perdonan. Desde mañana vivirás en mi
compañía.

El demente miraba á su hermano
Doroteo de un modo que aterraba. Por



último, conducido á una cabaña le
vendaron la frente; mas al poco tiempo
falleció al lado de Doroteo, que imploró
misericordia de la divinidad á fin de que
perdonase los errores de su vida pasada.

Cuando la guerra civil tuvo el desenlace que todos sabemos, Doroteo recogió á sus hijos de la casa del cura de Aguilar y los condujo á la corte. Marina se halla casada en la actualidad con un rico comerciante. Emilio está en el colegio militar y esperando por mo-

mentos la charretera de subteniente: el cura de Aguilar, se halla también en la corte con un destino análogo á su clase que el agradecido Doroteo pudo proporcionarle, poniendo en juego su influencia, y en fin, nuestro antiguo guardia español, ostenta ufano su grado de brigadier.

Aquí di fin á mi artículo; la niña Isabel quedó muy complacida, y yo también, porque me escuchó con atención.

Y. A. BERMEJO.

REFLEXIONES

SOBRE LA NATURALEZA.



Amiguitos míos: puesto que una vez cada mes llega á vuestras manos este *Museo de los niños*, que no hará otra cosa mas que inculcar en vuestra naciente existencia principios de verdadera moral y saludable recreo, no omitiré yo, que desde ahora me titulo con el nombre de vuestro mejor compañero, en proporcionaros cierto género de artículos, que á la vez que os conduzcan por el verdadero carril de la virtud, os presten aquella agradable instruccion que presume pueda estar á vuestro alcance. Para llenar cumplidamente, segun lo permitan mis escasos conocimientos en todo género de materias, la noble tarea que me propongo, quiero empezar esta vez, haciendo que conozcaís los paternales cuidados de la Providencia para la conservacion de nuestra vida en todas las partes del mundo.

Si, amiguitos míos: no hay duda que actualmente conocemos una gran parte de nuestro globo, y que de tiempo en tiempo se descubren nuevas regiones; pero no se ha llegado á conocer todavía un parage donde la naturaleza no produzca lo necesario para la vida humana. Os demostraré, que hay paises en que los ardientes rayos del sol lo abrasa todo, y partes donde no se vé otra cosa que montañas, estensas llanuras de arena, y en que la tierra está casi enteramente despojada de ese verdor que tanto hermosea los campos de nuestros benignos climas. Tambien os diré que hay paises cuyos habitantes casi nunca ven los rayos del sol, y por consecuencia es muy rara la vez que experimentan un calor benéfico, porque un perpétuo invierno los priva de agricultura, de frutos y de cosechas; pero en estos apartados territorios donde la naturaleza parece haberse demostrado tan poco pródiga, habitan hombres y animales que no dejan de tener con que alimentarse, porque las producciones que la Providencia les ha negado, y que se

quemarian con el ardor del sol, ó se helarian con el rigor del frio, se recom-pensan con dones mas convenientes á estos climas y que sirven de sustento tanto al hombre como á los animales.

En Laponia, por ejemplo, la Provi-dencia dispuso las cosas de tal manera, que aun el animal que existiese allí fuese cómodo para los habitantes y un medio de conservacion. Hay en este pais una innumerable muchedumbre de insectos que llaman *cinifes* ó *mosquitos* de trompetilla, cuyas picaduras son el azote de los lapones, y que para librarse de ellos se ven precisados á conservar en sus cabañas un humo denso y continuo, al par que tambien se ven obligados á barnizarse la cara con barro. Estos insectos depositan sus huevos sobre las aguas, lo cual sirve para atraer á un gran número de aves acuáticas que se alimentan con ellos, y que cogiéndolas los lapones constituyen el principal alimento de estos pueblos.

En la Groenlandia, se prefiere comunmente el sustento animal al vegetal, porque estas ingratas y estériles regiones producen poquismos vegetales. Su principal sustento es el del pescado que llaman *angmarset*, que tiene bastante semejanza con el budion: le colocan sobre las peñas al aire libre, y esto les sirve diariamente de pan ó de legumbres, conservándoles para el invierno en grandes sacos de cuero ó entre ropas viejas.

Los dalecarlianos, que habitan las regiones septentrionales de Suecia carecen de trigo; pero hacen pan con la corteza del abedul y del pino y con cierta raiz, que crece en las lagunas. Los habitantes de Kamtschatka se alimentan del tallo del kuantto que se comen crudo despues que le mondan. En Egipto, Mauritania y Persia se comen muchos dátiles. Los higos son el sustento mas ordinario en Grecia, Morea y las islas del Archipiélago, como lo son las castañas en las provincias de Italia y Francia. En las partes mas ardientes de Africa se sustentan los negros con mijo; en las regiones templadas de América con maiz, y en los paises del Norte, y especialmente entre los samojedos y los jacutes es alimento muy comun la planta llamada bistorta: los negros co-

men con gusto la carne del elefante y de los perros, y Cook refiere que en el mayor número de las islas conocidas del mar del Sur, se engordan perros cuya carne estiman sus habitantes como un alimento delicioso; y Navarrete en sus viajes á la China, asegura que los chinos hacen jamones de perro, los cuales tienen por grande obsequio cuando con ellos quieren agasajar á alguna persona. Los africanos comen también la carne de las panteras y de los leones, y en todos los países de uno y otro continente se come de casi todas las especies de monos. Hay muchos pueblos á quienes la leche sirve de bebida, y las mugeres tártaras no beben sino leche de yegua.

¿Qué mas podré deciros, amigos míos? ¿Cuántos no son los tiernos cuidados de la Providencia de nuestro Criador para nuestra conservación? La grande sabiduría de este Supremo Hacedor vió antes de la fundación del mundo, todos los peligros á que estaba

espuesta la vida de los mortales, y de tal modo lo dispuso todo que no hay parte donde no haya mantenimiento suficiente, porque tales fueron las relaciones que estableció, tal la union y tal la comunicacion entre los habitantes de la tierra, que los pueblos separados los unos de los otros por mares dilatados, trabajan por medio de estos, con el fin de lograr sus mútuas comodidades. ¿Podremos nunca admirar y venerar suficientemente la grande sabiduría de ese divino Ser que nos dió un cuerpo formado de tal suerte que no está precisado á este ó el otro alimento particular?

Antes que me despida de vosotros, hasta el mes venidero, os diré que Dios «abre su mano para saciar completamente á todas las criaturas vivientes, «todas ellas vuelven sus ojos á él, es-
«perando que los sustente cuando «seatiempo oportuno.» (Salmo CXLIV. 13, 16).

Y. A. BERMEJO.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

LA VIEJA, EL GATO Y LOS RATONES.

FABULA.

Yo conocia en Tembleque
A una sesentona vieja,
Que en compañía de un gato
Pasaba las horas muertas.
Trabajadora la una,
Solo pensaba en su hueca;
Holgazan, gloton el otro,
Pensaba allá..., en la despensa.
Amigo de comer bien,
Llenaba su panza hueca
Con lo mejor que traía
A casa la tía Josefa:
Y despues de relamerse,
Con la mayor desvergüenza
Se tendía á la bartola
Al pie de la chimenea.

Viendo el ama que un mes y otro
Se repetía la escena,
Del gato llegó á cansarse,
Y apurada la paciencia,
Una tarde le cogió,

Echóle al cuello una cuerda,
Y le arrojó á cierto pozo,
La sogá atando á una piedra.

A los tres días cabales
De una muerte tan funesta,
Mi señores los ratones
Dejaron sus madrigueras:
Y acá y allá rebuscando
Por mañana, tarde y siesta,
Ora roían un queso,
Ora engullían ciruelas,
Ya los panes oradaban,
Ya atracábanse de almendras,
Amen de algun torreznillo,
O algun pedazo de lengua.

Entonces; ¡oh caro niño!
Conoció la anciana necia
Una cosa que es preciso
Tener en la mente impresa.
Lo diré en pocas palabras,
Porque quiero que lo sepas:
*Buena ó mala la justicia,
El criminal la respeta.*

JOSÉ A. MATUTE.

HISTORIA NATURAL.



EL DESMAN DE RUSIA.

Este es un animal muy notable por sus formas y sus costumbres; habita en la Moscovia y en el mediodia de la Rusia: sin embargo, Buffon no le conocia mas que por el nombre. Es mas grande que un erizo, y su piel de un gris ceniciento; el lomo es casi negro, y blanco parte del vientre; carece de orejas, y sus ojos son estremadamente pequeños: su hocico remata en una pequeña trompa muy flexible y la que agita continuamente: sus pies tienen cinco dedos unidos á una membrana, y adornados con una franja de pelos cortos que le ayudan á nadar. Su cola es una cuarta parte mas corta que su cuerpo, comprimida lateralmente, ancha, aplastada y semejante á una cola de anguila y toda ella cubierta de pequeñas escamas.

Este animal tiene debajo de la cola siete ú ocho folículos aveigados, formados con los pliegues de su misma piel, estendidos transversalmente á uno y otro lado como las escamas centrales de una culebra, y de un color amarillo bastante pronunciado. Si se oprime con el dedo uno de estos folículos, encontrándose comprimido el espeso licor que contiene, se estiende por las escamas y sale fuera. Con este licor impregna todo su cuerpo con lo cual consigue hacer su piel impenetrable al agua; pero esta materia tiene un olor de almizcle tan fuerte y tan penetrante, que infesta cuanto toca, y aun se dice que hasta la carne de todos los pescados voraces que comen algunas veces los desmanes. Es muy raro cuando este animal sale del agua gustosamente para situarse en parages secos: no tiene por enemigos mas que á los pescados voraces; pero frecuentemente cae en las redes que se le tienden en los rios y los lagos, y como no sabe salir de ella, al dia siguiente le encuentran ahogado. Para lla-

mar á su hembra ó reunir á sus hijos, da un grito muy singular, que tiene mucha analogía con el de un pato, y para que mejor puedan oirle, encorva su nariz de tal manera que coloca la punta en su boca á fin de que suene su voz como una trompeta. Vive siempre en compañía de su hembra y construye su madriguera con mucho arte, para lo cual escoge una barga casi perpendicular y muy elevada para no ser nunca sumergido ni aun en las grandes avenidas: cuando ha encontrado un lugar conveniente zambulle al pie de la barga y comienza á escavar debajo del agua y muy profundamente, para que la entrada de su madriguera no sea jamás descubierta ni aun en las mas grandes sequias. Su agujero es poco mas ó menos tan ancho como el de un conejo y se eleva oblicuamente á medida que se adelanta en la barga. Las raíces gramíneas que encuentra el desman durante su escavacion, las recoge cuidadosamente y las trasporta á su madriguera con el objeto de formar á su hembra un nido mas cómodo que con los juncos que reúne en los mares: este nido está colocado en el fondo del agujero en una pequeña concavidad ovalada que tiene por lo menos un pie de ancho y sobre diez y ocho pulgadas de longitud. En la primavera, pare la hembra tres ó cuatro hijos, á los cuales alimenta con sumo cuidado, no conduciéndolos al agua con ella sino cuando son grandes, pues hasta entonces se limita á pasearlos por la parte superior de la habitacion que encierra el interior de su madriguera.

Los desmanes se alimentan con larvas, gusanos, y mas generalmente con sanguijuelas á las cuales están cazando á todas horas: con su pequeña trompa movable, que hunden en el fango, cogen su presa diestramente y la devoran debajo del agua, lo que no hace la lutra ni ninguno de los carnívoros acuáticos que se conocen.